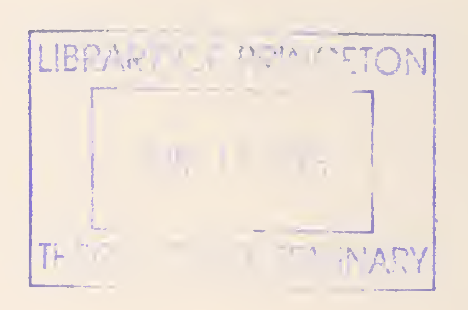




Solidaridad

4



Enero 1944

BUENOS AIRES

*H*AN sido entregados al público tres números de nuestra revista.

No obstante la claridad con que hemos definido nuestra posición católica, animada sólo por espíritu sobrenatural; todavía hay gentes que se escandalizan por detalles intrascendentes y minúsculos que les parecen no estar de acuerdo con nuestras declaraciones. Debemos responder también a estas pequeñeces que no son tales cuando están sobrenaturalizadas por la recta intención y por la caridad de Jesucristo cabeza invisible de su Cuerpo Místico que es la Iglesia.

"¿Por qué han llamado ustedes Solidaridad *a esa revista, nombre que crea confusión en las circunstancias actuales del mundo?"*

Esta pregunta se nos formula en una carta que suscribe a la firma: "Católico leal y militante".

Pues bien, el título de nuestra revista responde al deseo de devolver a la palabra "Solidaridad" su verdadera significación, empequeñecida y desnaturalizada precisamente en momentos en que se habla de "solidaridad continental" y de "América una". La palabra "Solidaridad" se toma desde hace algún tiempo sólo como unión político-económica entre un grupo de estados y con cierto sabor bastante marcado hacia una de las partes actualmente en guerra. Pero la solidaridad cristiana *propugnada por nosotros es de orden espiritual, católico y patriótico y no sometida a lo temporal, imperialista y subalterno. Porque ni sería digno, dentro de nuestro espíritu, aceptar o tolerar esa solidaridad superficial que consiste en uniformidad del standard de vida, aun mejorado, en aplauso al arte y cinematógrafo frívolos y decadentes, en abrazo incondicional con sectas híbridas. que dan libre rienda al egoísmo y al instinto y que en definitiva pudren la vida total*

del hombre. Esa solidaridad aparente podrá tener el nombre de cristiana pero ciertamente no es la que enseñó Jesucristo.

En consecuencia, la solidaridad que buscamos debe ser constructiva, por eso espiritual y católica; debe ser leal, por eso patriótica y argentinista; debe ser homogénea —es decir, fundada en una cultura histórica—, por eso ante todo hispano-americana. Y con esto creemos devolvér también a la palabra Solidaridad *su auténtico valor.*

Otra pregunta que se nos ha formulado por escrito y verbalmente es ésta: "¿Por qué la revista Solidaridad manifiesta inclinación no disimulada al pueblo de Polonia?"

Porque esta nación se afianzó en los principios católicos, precisamente cuando estos principios eran abandonados, en pleno Renacimiento, por las grandes naciones civilizadas de Europa; como lo expuso con toda claridad uno de nuestros principales colaboradores: el señor Estanislao Odyniec. Es decir, hemos considerado a la Polonia católica antes que a la Polonia aliada, aunque reconozcamos la justicia de su actitud. Porque lo católico es lo fundamental en Polonia y su posición en la actual contienda, lo transitorio.

Y bien, Polonia bautizada el 963, durante mil años ha sido sustancialmente católica aun como estado; durante mil años ha ofrecido al mundo el más asombroso ejemplo de consecuencia con la moral única del Evangelio; durante mil años ha constituído un muro frente a la tenacidad de los errores orientales y ante el empuje violento de la pasiones de Occidente.

Por otra parte, el temperamento y las costumbres del campesino polaco tienen notable afinidad con las costumbres y temperamento del hispano-americano y sobre todo del argentino, a pesar de las diferencias raciales.

Más todavía; Polonia es para Europa algo muy semejante a lo que nuestra patria es para las Américas: símbolo, baluarte, realidad. Ni siquiera nos diferencia la incomprensión de que ha sido víctima aquel pueblo heroico y de que quizá es víctima nuestra patria. Hasta en lo político hay un paralelo entre Polonia y la Argentina.

Pero nos hemos propuesto no tocar ahora la política. Sobre este tema también tenemos una posición definida, como lo podrá comprobar cualquiera que lea la "Sección Comentarios de la Revista Criterio" (Ver N° 827, página 9 de 6 de enero de 1944), sección a nuestro cargo desde que se nos confió la Secretaría general de la mencionada revista.

Y con esto creemos haber contribuído, y seguiremos contribuyendo, a que se aclaren las vacilaciones y dudas de nuestros lectores.

Enrique Benítez de Aldama

Solidaridad

REVISTA MENSUAL
Aparece el 1.er miércoles de cada mes

Calle SARMIENTO 412 - Piso 1 °
U. T. 71 - 8090 - Buenos Aires

DIRECTOR:
Doctor Enrique Benitez de Aldama



Solidaridad de los Católicos Americanos

para la unidad del continente.

Unidad del continente para la paz del mundo

Año I | Enero de 1944 | N.° 4

La Iglesia y América

SI pudiéramos desarrollar convenientemente el tema, comenzaríamos por estudiar la situación de la Iglesia en la historia de América bajo cuatro aspectos distintos: la Iglesia Católica, las iglesias protestantes, el sentimiento religioso individual y los movimientos anti-eclesiástico y anti-religioso. Cada uno de esos aspectos sería a su vez encarado en la América inglesa (Estados Unidos y Canadá), en la América española (en las diferentes repúblicas hispano-americanas) y finalmente en la América portuguesa, o sea en Brasil. Finalmente estudiaríamos lo que representa la Iglesia para América y vice-versa.

En los límites de este artículo no podemos sino considerar la parte final de este proyecto, tratando la materia en forma general y desechando sistemáticamente cualquier incursión histórica o cualquier análisis pormenorizado, que nos haría perder de vista el aspecto voluntariamente global y sintético.

¿QUE ES LA IGLESIA?

La Iglesia es un gran Misterio. En este punto todos se encuentran o pueden conciliarse, en un juicio objetivo. Todo misterio implica una realidad que, no solamente escapa a la evidencia, sino también a explicaciones claras y precisas. La Iglesia es una realidad compleja. Todas las explicaciones que de ella podemos dar, serán parciales e incompletas, como incompletas y parciales serán las explicaciones que podamos dar de todo lo que trasciende a la apreciación inmediata de nuestros sentidos y de nuestra inteligencia.

La Iglesia es irreductible a un concepto unívoco. Tan grandes y tan complejos los fenómenos que ella incluye, tan ambiguo el mismo término gramatical que la distingue, que siempre resta un inmenso margen de insatisfacción a todo concepto que procuremos formular a su respeto. Etimológicamente *Iglesia* significa *Asamblea de fieles*. En este sentido podemos considerar la Iglesia como un grupo social análogo a la familia, la escuela, la profesión o el Estado. En toda sociedad, en la más empírica y en la más evolucionada, encontramos la colectividad dividida en cierto número de grupos, que se van tornando cada vez más diferenciados, a medida que la sociedad pasa de un estado amorfo y primitivo a una condición orgánica y evolucionada.

El *grupo religioso*, la asamblea de fieles,

la *iglesia* por lo tanto, es una realidad social que vamos a encontrar en cualquier sociedad primitiva. No es un fruto del progreso. Es un fruto de la naturaleza humana. El hombre es un ser naturalmente religioso. Podemos decir, aun de un modo más preciso, que es un ser naturalmente eclesiástico, como es un ser naturalmente social.

La religión, lejos de ser una posición artificial o acrecentada, como fruto de una evolución cultural cualquiera. es la propia expresión de su aptitud en los aspectos extremos de los problemas de la vida: el origen, la naturaleza, el fin de la existencia humana. La asamblea de fieles es, pues, la consecuencia social de esas dos tendencias innátas en el hombre: *su religiosidad y su sociabilidad.*

Poco importa la variedad infinita de aspectos, que en el correr de la historia, puede presentar esa simbiosis psicológica que redunda en una realidad sociológica.

La iglesia, socialmente encarada, es pues una *institución universal*, que encontramos en todos los continentes y en todos los pueblos cualquiera sea su estado de civilización o las particularidades políticas y geográficas de cada comunidad en particular.

¿Es este el sentido que damos aquí al término? Es y no es.

Por un lado, *No es* —pues cuando aquí hablamos de la Iglesia, lo que entendemos es la *comunidad religiosa cristiana* en su más amplia realidad histórica— *la Iglesia Católica y las Iglesias reformadas o protestantes.*

Empleamos el singular, en el primer caso, pues, la ley fundamental de la comunidad eclesiástica católica es la *unidad* y empleamos el plural, en el segundo caso, porque el fundamento de la reforma fué el *libre examen* y con eso la negación de una autoridad centralizada en torno a la piedra angular de la Roma mística. Hablo de Roma-mística y no de Roma, para evitar o deshacer desde luego el equívoco de una localización geográfica exagerada.

La unidad *romana* de la Iglesia Católica está marcada por la localización *personal* del sucesor de Pedro y no por la localización geográfica de su mansión. En Avignon el Papado fué tan *romano* como en Roma. Y es de la Roma mística de la que somos fieles, y no de la Roma Garibaldina, ni de la Roma Cerárea.

"Ubi est Petrus, ibi est Ecclesia".

El sentido, pues, en que empleamos el término *Iglesia* no tiene valor sociológico. No se trata aquí de *cualquier* asamblea de fieles sino de asambleas *cristianas.*

Por otro lado, podemos decir que el término no escapa al sentido sociológico, pues una comunidad cristiana *también es una asamblea de fieles*, en el sentido universal del término y corresponde, a una sociedad de la era *cristiana* una de las modalidades más importantes del *grupo espiritual* de toda o cualquier sociedad. En ese caso se trata de una institución substancial y original de la sociedad humana, en su naturaleza específica.

La calificación de *cristiana*, como cualquier otra calificación, no corresponde a la iglesia en su naturaleza específica. Todo grupo religioso es una realidad que trasciende a cualquier calificación restrictiva. Obedece a una inclinación que reside en el hombre como ser racional que participa, a su modo, de la naturaleza *divina* y tiende a ella naturalmente, como la planta tiende al sol. Dios es el sol de las conciencias. De ahí la confusión que, entre los pueblos primitivos, cuya inteligencia se encuentra siempre tan pegada a los fenómenos naturales visibles, se hace entre uno y otros, entre Dios y el sol. El solarismo religioso es una manifestación espontánea de la inclinación de la creatura hacia su Creador.

Toda iglesia, por lo tanto, es una *asamblea de fieles*. Pero, en rigor, no es posible afirmar que sea verdad la recíproca. No toda asamblea de fieles es una iglesia. El buen sentido nos lo dice. Cuando vemos pulular, o al menos figurar aquí o allí, por los suburbios, esa espontánea floración de demagogia pseudo-cristiana, que se llama "Asamblea de Dios", todo nos lleva a decir que no estamos allí en presencia de un fenómeno rigurosamente *eclesiástico* sino acaso de una reunión accidental y efímera, en buena hora se llame "iglesia evangélica".

¿Cuáles, pues, son los rastros para distinguir una iglesia de una asamblea de fieles en el sentido propio?

Si quisiéramos definir los rasgos ca-

racterísticos de una iglesia, propiamente dicha, podríamos decir que iglesia es una comunidad, unida y establecida, sobre una autoridad común y dedicada al culto de la divinidad. *Comunidad, unidad, estabilidad, autoridad y culto religioso,* son pues los rasgos característicos de la institución y del espíritu eclesiástico.

Cada una de esas notas, si dispusiéramos de espacio suficiente, nos exigiría un desarrollo particular. Dejo la tarea a la meditación del lector paciente a quien interese el asunto.

Quiero apenas llamar la atención, sobre el hecho de que existe un *espíritu religioso eclesiástico,* y un espíritu religioso no *eclesiástico* o *antieclesiástico.* El primero domina la idea de que la religión es un sentimiento provocado por una verdad, que nos es comunicada, y a la cual respondemos con una actitud. En el segundo caso, domina la idea de que la religión es un sentimiento innato que llega por sí mismo a la verdad. En el primero domina la Gracia sobre la Naturaleza; en el segundo, la Naturaleza sobre la Gracia. En el primero es Dios quién ve inicialmente al hombre. En el segundo es el hombre el que ve inicialmente a Dios. Es el objetivismo religioso opuesto al subjetivismo religioso. Hay personalidades profundamente religiosas y sin embargo radicalmente contrarias al sentido institucional de la religión. Es el caso de una de las personalidades del siglo XIX, que acaso sea la que más profundamente ha impresionado al siglo XX: Kierkegaard; y entre los pueblos latinos es el caso (más reciente), de un confesado discípulo del maestro dinamarqués: Unamuno.

Hay por lo tanto, entre los hombres, temperamentos religiosos y temperamentos no religiosos. Los primeros de tendencias ortodoxas y los segundos heterodoxas.

Al considerar por lo tanto, el fenómeno eclesiástico, debemos colocar el problema por encima de prejuicios mezquinos y de significados peyorativos o apologéticos. El concepto de iglesia corresponde a lo que tiene de institucional la religión.

Esto es, a un sentimiento religioso no puramente interior, individual, subjetivo o sentimental y sin reflejo de una solicitación hecha de afuera para adentro, por la propia verdad de las cosas. Eso no impide que haya un sentimiento religioso no institucional o que antes acentúe de modo exagerado la primacía del sentimiento sobre la revelación, de la emoción psicológica sobre la comunicación de la verdad. Una actitud, así, no excluye a la otra, pues el verdadero sentimiento es *simultáneamente personal e institucional.* En todas las sociedades humanas encontramos reflejos de esas varias aptitudes del hombre ante la faz del fenómeno religioso, el más grave y el más profundo entre todos aquellos que le depara la conciencia; y por eso mismo aquel donde más fácilmente se exaltan las pasiones y se chocan las posiciones. En materia religiosa los mismos indiferentes no son indiferentes. Y comienzan por atacar a los creyentes llamándolos por lo menos exagerados, cuando no sectarios y fanáticos. Calificativos con que somos normalmente gratificados y que muchos nos deben enaltecer cuando provienen de los que exaltan el escepticismo y fincan su prudencia en el tibio medio término.

La Iglesia, pues, puede ser considerada, socialmente hablando en un sentido extenso o en un sentido extricto. En el primero es toda institución religiosa, todo sentimiento a ella ligado y todo movimiento de ella nacido que presente las características arriba indicada. En sentido estricto, que también significa aquel en que vulgarmente se emplea, el término significa la expresión corporativa del Cristianismo.

En este último sentido, la evolución histórica del fenómeno se presenta en tres fases, que podríamos llamar *pre-eclesiástico, eclesiástica y poli-eclesiástica.* La evolución no implica superación y sí sucesión y coexistencia.

La faz pre-eclesiástica del fenómeno está representada por el origen inmediato e histórico de la Iglesia, esto es, la *Sinagoga.* Así como el Nuevo Testamento no vino a destruir sino a completar el Antiguo Testamento, así también la Iglesia no vino a destruir la Sinagoga sino a absorberla. No importa que la Sinagoga haya resistido a la absorción y continuado su existencia, como Sinagoga, a través de la Diáspora o disperción de la raza israelita por el mundo. La Iglesia que el Mesías instituyó, no pretendía ser una oposición a la Sinagoga, en la que él fuera educado, co-

mo hombre. Cristo no quiso la destrucción de la Sinagoga. Fué esta la que quiso destruir a Cristo. Fué ella la que se separó y continuó su vida como si el Cristo no fuese el Mesías esperado. Cristo no vino a oponerse a la Sinagoga. Vino a completarla y transfigurarla, pasándola de la faz de las *figuras* a la faz de las *realidades*.

El sentido eclesiástico de Fe, por tanto, es anterior al propio cristianismo. La noción de sentimiento religioso corporativo ya existía en el pueblo hebreo. Y de un modo que hoy llamaríamos *totalitario*. Al paso que entre los paganos, como en general entre los pueblos antiguos de Oriente o de Occidente, era la institución familiar o civil la que absorbía a las instituciones religiosas —siendo el Padre también el Sacerdote y el Emperador el Supremo Sacerdote,— entre los hebreos sucedió lo contrario, la institución religiosa, que en cierto modo absorbía a las instituciones civiles, felizmente existió separada. La Sinagoga representaba a un mismo tiempo, la Iglesia, el Estado y la Familia. Su poder era absoluto y total. El pueblo escogido por Dios para dar al mundo la Sangre redentora, daba al Templo un posición de eminencia incontrastable. Y en él absorbía todos los valores de la colectividad.

Variaban las corrientes particulares, dentro del pueblo, en cuanto a los métodos de acción. No variaban en cuanto a la unificación total y suprema del pueblo en la Sinagoga.

Esa faz pre-eclesiástica representaba pues una verdadera realeza sacerdotal. Y todo el espíritu de Israel estaba penetrado por la ambición de un imperialismo político, en que Realeza y Sinagoga estaban confundidos.

Con el Cristo surge la Iglesia en su concepción auténtica. Tres puntos deben acentuarse, entre los muchos que podríamos destacar, para darnos una idea sucinta, más verdadera de la profunda modificación que el Verbo Divino trajo a la tradicional institución religiosa del pueblo elegido. Esos tres puntos pueden ser así descriminados:

—la Sinagoga era nacional; la Iglesia vino a ser universal;

—la Sinagoga aunque basada en la absorción del poder político por la autoridad religiosa, estaban aparentemente separadas; la Iglesia vino a basarse en la distinción esencial de los dos poderes;

—la Sinagoga fué una asamblea de sacerdotes y fieles; por lo tanto, un grupo de orden natural: la Iglesia, el propio Cuerpo Místico de Cristo y por lo tanto un organismo de naturaleza sobrenatural.

No tenemos aquí espacio suficiente para desarrollar cada uno de estos puntos. Cada cual, sin embargo, representa un aspecto diferente y específico de la nueva institución sobrenatural que viene a suceder a la Sinagoga y a realizar íntegramente, las promesas eternas de Dios. Pues así como la Santísima Trinidad, el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, es la propia esencia intemporal de la Divinidad, —su expresión en el tiempo y su "sequentia"— Dios-Cristo-Iglesia manifestación temporal del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La Iglesia viene a ser por lo tanto, la expresión a través de los tiempos de la naturaleza íntima del Eterno.

Dejaba de ser una institución *nacional*, prendida a los límites convencionales de una raza o de una nación política, para abrazar a todas las razas y a todas las naciones, en su *universalidad* substancial.

Dejaba de ser una institución *político-religiosa* —con ambiciones de imperialismo terreno, como hasta el momento de la Ascensión de Cristo lo demostraron sus propios apóstoles todavía impregnados del espíritu de mundaneidad de los judíos— para ser una institución puramente religiosa y dejaba a las instituciones políticas todas las tareas de un orden no estrictamente sobrenatural.

Dejaba, finalmente, de ser una institución humana, portadora apenas de un mensaje divino, como era la revelación mosaica, para ser una institución divina, cuyo cuerpo es la integración de los fieles en Cristo y cuya alma es el propio Espíritu Santo.

Así fué que la Iglesia —una, santa católica y apostólica— sucedió a la Sinagoga e inició a través de la historia, su marcha militante, paciente y gloriosa.

La unidad era su nota principal. No se trataba de una asamblea de fieles esparcidos por todos los horizontes del universo y sin nexo alguno entre sí, como acontece

en la manifestación puramente material del instinto eclesiástico del hombre.

Se trataba de la propia presencia de Cristo, que místicamente se conserva en la tierra, en sufrimiento y oración, hasta la consumación de los siglos.

Por eso definimos a la Iglesia como un gran misterio. Ella trasciende, por naturaleza, a toda y cualquier explicación de carácter histórico o social.

Su vida es una perpetua sorpresa. Su acción un desmentido perenne a todos los determinismos. Su pensamiento una contradicción a todos los sistemas y a todas las doctrinas cuya sabiduría provenga de un espíritu meramente mundano o terreno.

De ahí la inmensa incomprensión contra la que ella siempre lucha y ha de luchar siempre, hasta el fin de los tiempos, pues es y será siempre difícil para los hombres renunciar a las explicaciones nacidas de su pensamiento puramente humano. La Iglesia sólo puede ser bien entendida a la luz de la Revelación Divina. Sólo puede ser comprendida como una cosa diferente, singular, extraña a este mundo y que representa, en él. la presencia de una vida, distinta de la Vida verdadera y perenne. De aquí que sea ella, como lo dijo de sí mismo el Cristo, un eterno signo de contradicción. De ahí la condición de eterna perseguida, de eterna solitaria, de eterna incomprendida, que llevará siempre entre los hombres. Mas, de ahí también el sentimiento diferente, único, que a ella liga con sus fieles, de Amor, de Sacrificio integral, de Dedicación para la vida y para la muerte.

Todo eso ha olvidado el hombre del siglo XX, el hombre que se cree emancipado de todos los "prejuicios", el que mira a los "chursh goers" con indiferente desprecio.

Mas no impide que sea esa la verdadera naturaleza de la Iglesia. Considérala con respeto el positivismo, como simple institución humana fijada definitivamente desde la Edad Media: considérala como *riqueza*, el totalitarismo de derecha, como un provechoso instrumento para gobernar a la masa; considérala *con odio*, el totalitarismo de izquierda, como enemiga y oprobio del pueblo, ligada por siempre al destino del capitalismo, y no contemplan la Iglesia como ella es sino como convendría que ella fuese, a la luz de una filosofía preconcebida de la historia.

Por quince siglos, a través de las mayores vicisitudes históricas, conserva la Iglesia la primacía espiritual y social, que alcanzara con la ruina del Imperio Romano. Toda la llamada civilización occidental tiene en la Iglesia Católica, esto es, en la Iglesia universal y unida, la fuente principal de su caracterización no sólo espiritual sino también moral, intelectual y hasta política. "Europe is Faith", como escribió Hilaire Belloc. Aunque no sea exacta la afirmación recíproca, pues la Fe difícilmente es Europa ni es la civilización mediterráneo-nórdica, sino todos los continentes y todos los océanos.

La tentativa de romper la Cristiandad es tan remota como la propia cristiandad. Desde Simón el Mago, hasta la multiplicación moderna de las sub-sectas protestantes o los movimientos de orden pro-cristiano y pseudo cristiano, de espiritismo, de teosofía y de todos los sincretismos modernos, durante toda la vida de la Iglesia no han faltado esas tentativas de romper la túnica inconsútil, de crucificar de nuevo y hasta de descuartizar a Cristo.

Las mayores rupturas históricas aquellas que arrastraran consigo, antes del Renacimiento, las fracciones más considerables de la humanidad occidental, fueron sin duda el mahometismo y el cisma ortodoxo. El primero da lugar al nacimiento de la civilización árabe que por muchos siglos tentó en vano dominar la civilización cristiana, y que hasta hoy mantiene en un monoteismo sin sacramentos y en un eclesiasticismo puramente temporal, grandes masas de pueblos desparramadas por Africa y Asia. En cuanto al cisma ortodoxo —proviene de la ruptura interna del Imperio Romano, y de las disidencias entre Constantinopla y Roma, y entre la lengua latina y la lengua griega (o antes, entre el espíritu romano y el espíritu bizantino)— separó en dos la cristiandad occidental y dividió, desde entonces. la historia religiosa rusa en tres etapas; el césaro-papismo de lo Zares; el ateismo oficial de Lenín y el nuevo césaro-papismo soviético de Stalin.

Hasta el fin de la Edad Media la posición de la Iglesia era pues de una unidad substancial e histórica, con base social en la civilización europea, y rodeada por dos oposiciones localizadas en la extensión de las estepas rusas y de los desiertos islámicos. En esa época se iba ha producir la sucesión vertiginosa de los acontecimientos

históricos, que marcan de un modo decisivo al mundo moderno y contemporáneo y afectan también considerablemente la vida de la Iglesia en el mundo y su acción sobre los pueblos y las culturas. Es la "sequentia" la que ha acostumbrado a llamar las tres R —el Renacimiento, la Reforma y la Revolución.

Dadas las proporciones de este ensayo, no es posible entrar en pormenores sobre cada uno de esos aspectos sucesivos de la historia de Occidente. Cada uno exigiría una atención particular, considerada su importancia respectiva, no sólo para la historia occidental, sino sobre todo para el problema que aquí nos interesa, la Iglesia y América.

Cada uno de esos tres acontecimientos iba a afectar a la Iglesia de un modo total, tanto en su vida interna, cuanto en su vida externa, tanto en el plano espiritual, cuanto en el político-social. Si indagamos, en el terreno específico en que cada una influyó sobre la Iglesia de Cristo y la actuación civilizadora de esta, veremos que el Renacimiento repercutió sobre todo en el terreno *apostólico;* la Reforma en el terreno *doctrinario;* la Revolución en el terreno *social.*

El *Renacimiento* representó para la Iglesia, ante todo, su expansión por los diversos continentes del mundo. Y en primer lugar en América.

La *Reforma* evidentemente afectó a la Iglesia, aunque no en el plano de su irradiación apostólica como el Renacimiento, sino en el propio plano de su constitución orgánica y de su naturaleza doctrinaria. En la "sequentia" que establecemos entre *Sinagoga, Iglesia e Iglesias,* este tercer término está directa e íntimamente ligado a la acción de la Reforma. El movimiento religioso conocido universalmente por ese nombre, representa la ruptura de la unidad tradicional de la Iglesia, procesada en medio de la propia cristiandad, que resistiera unida al desprendimiento anterior de eslavos y musulmanes. Iba a nacer entonces el *protestantismo,* expresión sólo empleada a partir del siglo XVII, y que desde ese momento en adelante se opondría al *catolicismo,* como dos grandes ramas del árbol cristiano apostólico. El movimiento protestante surge en el siglo XVI. Sus raíces, sin embargo, son más remotas, pues se encuadran dentro de las tendencias seculares de la *herejía.* La *herejía* representa el espíritu de protesta de la parte contra el todo, del individuo contra la colectividad, del presente contra el pasado, de la evolución contra la permanencia. En el correr de la existencia multisecular de la Iglesia, por muchas veces tentó el espíritu de herejía prevalecer contra el espíritu de ortodoxia. Fué lo que Chesterton llamó "las siete muertes de la Fe". Siempre sin embargo, fueron esas tentativas *localizadas,* a veces por medios violentos y a través de instituciones que establecían en cierto modo contacto entre el Estado y la Iglesia, como fué la Inquisición, hacia fines de la Edad Media y continuó aún hasta el siglo XVIII.

Con la Reforma, asumió el problema una importancia considerable y generalizada, mayor aún que en el tiempo del arrianismo, y de más trascendencia que las anteriores herejías.

Nacida después del Renacimiento, mas dentro del mismo espíritu de exaltación del hombre y de la naturaleza, —en la faz del teocentrismo y sobrenaturalismo medioeval— iba la Reforma a desencadenar sobre el mundo el torrente del individualismo, que afectaría a todas las manifestaciones individuales y sociales del hombre. Y acabaría, provocando precisamente reacción contra el propio individualismo.

Pero el tercer movimiento histórico moderno, fué el que exactamente había de afectar de un modo profundo a la civilización y la Iglesia, e iba a tener gran importancia para el problema que aquí estamos tratando.

Fué la *Revolución.* Y con la revolución el principio también individualista y su consecuencia lógica que hoy día en el siglo XX, se encuentra en plena expansión universal: el *socialismo.*

Con la revolución, con el espíritu revolucionario y con los diferentes movimientos socialistas hasta el comunismo y el nazismo, sus más modernas manifestaciones político-sociales, la posición de la Iglesia no está afectada en el terreno de su irradiación apostólica o de su unidad constitucional, pero sí lo está en el plano de su propia existencia en la sociedad, en su posición como *Estado,* en la independencia de sus movimientos, en la permanencia de su mensaje insustituible.

Es así, en pocas palabras, cómo los grandes acontecimientos históricos modernos to-

can directa o indirectamente la vida de la Iglesia y su destino en la sociedad.

Sobre el aspecto de esas amenazas crecientes, de esos movimientos de incomprensión y de hostilidad, de esos fenómenos de *secularización* de la sociedad, que representa la quiebra de la unidad eclesiástica medioeval y la multiplicación de las iglesias reformadas y de las sectas cada vez menores, y cada vez más apartadas de la tradición apostólica cristiana — sobre ese aspecto, la Iglesia Católica mantiene las notas iniciales de su naturaleza y de su existencia, conservándose invariable, en medio de todas las tormentas y de todos los cambios del mundo. Y por una inmensa paradoja, su invariabilidad, su fidelidad al espíritu más riguroso de la más auténtica y de la más antigua de sus fuentes el propio Cristo, las propias palabras del Evangelio y la propia doctrina inicial — es precisamente lo que impide que todo aquello lejos de afectar la vitalidad de la Iglesia, parece que cada vez la conservara más pura, en juventud renovada. De ahí la importancia decisiva con que ella continúa gravitando a pesar de todos los inmensos contratiempos que conspiran contra ella, en pleno mundo contemporáneo y en plena aurora de un nuevo mundo.

He aquí una síntesis necesariamente superficial e incompleta, con la que he tratado de responder a la pregunta formulada al principio, sobre qué es la Iglesia.

Tristán de Athayde

EL TESTAMENTO DE UN APOSTOL

El gran periodista Luis Veuillot escribía estas hermosas palabras, que son como el testamento de este entusiasta apóstol de la prensa:

"Yo quisiera que así como en otros tiempos se repartía la comida a los pobres en las puertas de los conventos, así se distribuyese hoy, en las puertas de las iglesias y dentro de ellas, el periódico católico."

"Yo quisiera que los testamentarios creyentes dejasen legados para la prensa católica."

"Yo quisiera que en los comercios, almacenes, farmacias, oficinas, en suma, en todos los sitios de venta, se comprase el periódico católico, como se hace provisión de los artículos necesarios para la alimentación y los cuidados de la vida. Yo quisiera que en el libro de gastos de cada familia, se hallase esta partida: Para la suscripción de periódicos católicos: tanto. Yo quisiera que mis compañeros en la fe se compenetrasen de esta verdad: la buena prensa, he ahí la necesidad actual."

"Yo quisiera que al pasar por las calles, toda mi popularidad, mi recomendación y mi fama en el oficio anduviesen reunidas en las palabras siguientes: Mira, ahí va un periodista católico."

"Yo quisiera que cuando esté mi cuerpo en el seno de la tierra, la mano de un buen amigo al pie de la cruz bendita que ha de guardar mi transitoria morada, grabase esta inscripción:

"Aquí espera la limosna de la oración un periodista católico."

El Paraguay en los Caminos del Mundo

EL año 1833 tuvo el Paraguay una cosecha extraordinaria, tanta que, muchos, viendo la copia de frutos y recordando las prácticas comerciales que enriquecían a la dominación colonial, pensaron beneficiarse a su vez exportando el voluminoso excedente. Al efecto solicitaron venia al omnímodo Dictador, doctor José Gaspar Rodríguez de Francia, quien la denegó diciendo: "... que reconocía las ventajas que tendría para el país con la exportación de tantos frutos que sobraban, pero que todavía el germen de la anarquía en los estados vecinos no se había extinguido, que por el contrario tomaba cada día mayor impulso por la lucha personalista de las fracciones que querían predominar y que todos ellos seguían conspirando contra la independencia del Paraguay, la que era necesario conservar a toda costa; que ésta había sido la razón que lo había decidido a continuar en sus propósitos de incomunicación, y sobre todo desde que el Paraguay no necesitaba de ellos y se bastaba a sí mismo..." (1) y así se malogró aquel año como muchos otros, anteriores y posteriores, los dones de una tierra generosa. El Paraguay sufrió el paradojal maleficio de los pueblos tropicales que dijera el mexicano Agustín Rivera, la enemiga del fruto fungible al alcance de la mano, de el día ardiente y de la noche lánguida y voluptuosa.

¿Nieva en su país? — dicen que preguntó Emerson a Sarmiento.

Poco, — respondió don Domingo.

La nieve contiene mucha educación, — sentenció Emerson.

Sarmiento no se molestó. "Yo me quedé parado —dice— dando tiempo a que se desarrollase la interminable serie de pensamientos que esta expresión de forma nueva despierta. La nieve, el largo invierno, la reconcentración de la familia en torno de la chimenea, la acción moral de los mayores, las familias del Norte y las del Sur...". Nada más cierto. El clima duro, la naturaleza hostil, dentro de límites compatibles con la vida, siempre fueron para el hombre acicate del instinto vital estimulando sus facultades creadoras. Cuando se vive en un paraíso nadie se afana en mejorarlo, y paraíso fué, es todavía, el Paraguay, Arcadia feliz, con 2800 kilómetros de costas fluviales, número superior en mucho al dilatado litoral marítimo argentino; la tierra mejor regada del mundo, donde si fuera cierto que la naturaleza imita al arte se diría que ahí imitó ésta el sistema de canales que riegan a Holanda. Tierra de seducciones poderosas que tiene sus hechizados famosos, desde Ayolas e Irala que en ella acabaron, hasta el explorador Ibarreta, recordado por Blasco Ibáñez, y el pintor italiano Guido Boggiani, fino artista, muerto a mano de indios, y llorado por D'Anunzio en uno de los "Laudi". Pero tierra esquilmada por los inescrupulosos comerciantes de la Colonia que se lo llavaban todo; virtualmente mu-

(1) "El Dictador José Gaspar Rodríguez de Francia", por Enrique Winer de Morgester, citado por Justo Prieto.

rada después en sus lindes por los patriarcales designios de sus dictadores que lo dejaban todo; depauperizada por la expoliación o languideciendo, en contraste, como un ubérrimo huerto abandonado. Y no se libró por esto de la anarquía el pueblo paraguayo como anhelaban sus prohombres; permaneció, simplemente, al igual que en los cuentos fantásticos, en un milagroso estado de niñez. No le permitieron, en su momento, desordenarse, sufrir y madurar, como aconteció con otras regiones del Plata y aquende y allende la Cordillera; y así, cuando los otros terminaban su azaroso proceso de organización, él, acostumbrado a obedecer, por el arbitrio de un hombre sumado a otros factores, se precipitó en una guerra desigual, en el desastre, en los motines a repetición, en nueva guerra, entrando con tremendo dolor en los moldes de la historia. Con una buena geografía física, al Paraguay sólo le faltó una discreta geografía política.

Y es que, quizá, si bien patriótico y altivo, no fué acertado aquel remoto gesto, con que, en la asamblea revolucionaria del 17 de junio de 1811, fray Manuel Corvalán se opuso al envío de un diputado a la Junta de Buenos Aires: "...hasta que ella se conforme con la instalación de nuestra Junta independiente y de ninguna manera subordinada a aquella". El trato con los representantes de las otras provincias no habría menoscabado los fueros de cada cual ni impedido la ulterior secesión de la heredad paraguaya; en cambio, mucho habría beneficiado a esa nación y a todos la comunicación con sus hermanos de causa.

Un poco antes, el 18 de marzo de 1811, el general Manuel Belgrano, derrotado en Tacuarí, escribía a la Junta: "Tal vez no se una el Paraguay tan pronto como yo pensaba, pero todo promete una feliz revolución en las ideas de aquella gente aunque sea pasado algún tiempo". Más pronto de lo supuesto la revolución se consumó en los hechos, pero la unión efectiva a la causa de la común emancipación no se produjo. El Paraguay se adormeció en un sueño de autarquía, detenido en su evolución por la paternal voluntad de sus gobernantes. Tendría en ello buena parte su situación mediterránea, la falta de un plantel directivo capaz de dominar la incisiva mentalidad del doctor Francia, ese tremendo "truly a man", así calificado por Carlyle e incluído por Augusto Comte en su Calendario de grandes hombres. Pero no fué designio del pueblo que añorara los días de antaño, cuando el tráfago de sus vías de agua cubiertas de barcazas llevaban los frutos nativos y traían los productos elaborados en lejanas tierras. El sabía que vertiendo sobre los grandes ríos la inexhausta cornucopia de frutos de la tierra, la prosperidad, el progreso, el aliento vital del mundo, subiría río arriba, como antaño, sirgando las naves cuatrocientas leguas, subieran Salazar de Espinosa, Ayolas e Irala.

El libre comercio fué siempre un ideal paraguayo, como también, al decir de uno de nuestros estadistas, la prosperidad del Paraguay, fué un interés argentino. La gran yugular del río Paraná, si se comprime, produce congestión y letargo allá arriba, menoscabo y anemia aquí abajo. Sobre esta mutua conveniencia hubo siempre acuerdo. En varias oportunidades, el soñado tratado de navegación, comercio y policía fluvial y aduanera, estuvo a punto de ser una realidad. Nuestro gran Estrada, ministro plenipotenciario ante el gobierno paraguayo, bajo la presidencia de don Luis Sáenz Peña, abogó tenazmente por él y a punto estuvo de ser una de sus muchas obras útiles de no haber mediado el golpe de estado del 9 de julio de 1894 que puso fin a la administración del señor Juan G. González, en la nación amiga, y con ella a los sueños de un regular intercambio. Los gobiernos de los generales Ramírez y Morínigo acaban de realizar esa obra.

Dijimos más arriba que el Paraguay había sufrido el paradojal maleficio de la fruta al alcance de la mano y el clima tropical. Pero, debemos añadir que sus habitantes conocieron desde siglos el sortilegio de la actividad sin límites



Para la revista "Solidaridad", con mi mayor simpatía

[illegible]

Bs. As. Dbre. 1943

Excmo. Señor Embajador del Paraguay
DOCTOR FRANCISCO L. PECCI

para librarse de él. Factores accidentales les detuvieron momentáneamente en la marcha, porque en la vida de los pueblos las décadas son días. El progreso granó allí muy temprano. El Paraguay tuvo la primera imprenta del Plata; allí se construyó la primera carabela, el primer ferrocarril; se organizó el primer ejército en 1865 y en 1862 florecía su enseñanza primaria con 500 escuelas y más de 24.000 alumnos; allí en suma, volviendo a citar el pensamiento de nuestro estadista, cuando a la buena geografía física se añadió la buena geografía política, aun cuando fuera parcialmente, como fugaz conato, el generoso pueblo se aupó sobre sus energías. Modernamente, la simple mención de un dato nos dará la medida de esa raza impar: el Paraguay apenas si tiene una población igual a la tercera parte de la que tiene la ciudad de Buenos Aires, y con ella, como anota orgullosamente, Justo Pastor Benítez, *sostiene los atributos de nación y hace historia.*

A grandes pasos marcha "a la recherche du temps perdu", puebla de industrias las márgenes del Alto Paraguay, arranca a la tierra por el cultivo y la piqueta toda suerte de riquezas; mueve una respetable cantidad de millones de pesos oro sellado en importaciones y exportaciones de materias primas y productos elaborados.

Hasta hace poco le faltó la visión del mar. Gran infortunio para los habitantes de un país no poder repetir al cabo de una o de veinte jornadas el grito de los *Diez Mil*: ¡Thalassa!, ¡el mar! porque sobre el lomo del mar van y vienen las quillas de la civilización. Pero ahora el Paraguay tiene la compensación del cielo azul abierto al vuelo de sus aviones, y no hay duda que siendo un magnífico campo de aterrizaje como advierte el periodista Ortiz de Echagüe, sus alas audaces escribirán nuevas leyendas gloriosas para la raza guaraní (decimos guaraní por haberse apegado la enorme masa de raza blanca que habita el Paraguay a esa voz de la tierra y poetizar en ella y exaltarla como un vínculo de unión con el remoto pasado de América).

Sin embargo lo dicho, el Paraguay no está en las rutas del mundo solamente por estas cosas fenicias de la materia. También entra en el angustiado mundo moderno por los caminos de la inteligencia, de la ciencia y del arte.

Recordamos que por el año 1898, el escritor cordobés Carlos Romagosa formó una antología de poetas sudamericanos del movimiento llamado modernismo, en el cual mejor o peor representados figuraban todos los países de habla española de este hemisferio, excepto el Paraguay. No acontecería eso ahora. Toda una pléyade de brillantes escritores honran con sus producciones la literatura paraguaya. Nuestra Academia Nacional de la Historia incluye en su nómina de miembros muchos nombres de escritores paraguayos como los de Manuel Domínguez, Fulgencio R. Moreno, Justo Prieto, Justo Pastor Benítez, etc. Efraim Cardozo, Julio César Chávez, Casaccia Bibolini, Natalicio González son firmas conocidas en nuestras publicaciones, para no citar sino a unos pocos.

El gran clamor del mundo llena las selvas paraguayas, el progreso se derrama por sus ciudades haciendo la vida cómoda y refinada; el comercio y la industria vivifican con el intercambio la explotación de las riquezas naturales. Los bienes del espíritu se difunden por todas las capas sociales. Y esa democracia secularmente cristiana, ese pueblo de campesinos y soldados tendrá un gran lugar en la comunidad de naciones latinoamericanas del porvenir; porque de todas las visicitudes de los tiempos presentes, del crisol en que se queman hoy los principios saldremos como fundidos en un solo bloque de acerado temple. Y así como en nuestro escudo las manos fraternas sostienen la pica con el gorro frigio, en el escudo futuro de la América unida, las manos de todas las repúblicas sostendrán en alto el símbolo de la libertad.

Miguel Sotomayor

Glosando el Salterio

HACE apenas cincuenta años, en 1893, S. S. León XIII, de feliz memoria, dió a la publicidad su carta Encíclica "Providentissimus Deus", que trata del estudio de la Sagrada Escritura. Alude el Santo Padre entre otras cosas a los ataques de los racionalistas, todavía en plena virulencia, y ya en franca declinación en los tiempos que corren; y no solamente exhorta al clero al profundo estudio de los libros inspirados, sino que también impulsa a ello hasta a los mismos simples cristianos. Tal se desprende por lo menos del siguiente párrafo:

"Nos. que hemos tomado con empeño la tarea de hacer progresar otras ciencias que nos parecían muy apropiadas al acrecentamiento de la gloria divina y a la salvación de los hombres con frecuentes Encíclicas y exhortaciones, que, con la ayuda de Dios, no han resultado estériles, propusimos también desde hace mucho tiempo reanimar y recomendar del mismo modo ese tan noble estudio de las sagradas Letras, y dirigirlo de una manera más conforme a las necesidades a los tiempos actuales. La solicitud de nuestro cargo apostólico nos anima y en cierto modo nos impulsa, no solamente a querer abrir con toda seguridad y amplitud para la utilidad del pueblo cristiano, esta preciosa fuente de la revelación católica, sino también a no tolerar que sea enturbiada en alguna de sus partes, ya por aquellos a quienes mueve una audacia impía y que acometen abiertamente a la Sagrada Escritura, ya por los que suscitan a cada paso innovaciones engañosas e imprudentes".

No otra cosa ha hecho y sigue haciendo Monseñor J. Straubinger desde su mesa de trabajo del Seminario Arquidiocesano de La Plata, del que es profesor de Sagrada Escritura. No otra cosa ha hecho, repito, que seguir al pie de la letra las palabras papales. Conocidos son ya su Nuevo Testamento y los tomos publicados del Antiguo, entre ellos el de Tobías y el de Esther, este último muy reciente, todos ellos revisados por él y marginados con notas propias. Hoy cae en mis manos el Salterio, en latín y castellano, primoroso tomito encuadernado en tela e impreso por la Editorial Guadalupe.

Aparte del difundido volumen de Fillion, en francés y latín, que lleva el nombre de "Nouveau Psautier du Breviaire Romain", el público católico de Buenos Aires no tenía, por decirlo así, ningún texto "manuable" de los Salmos, y menos colocados en su orden numérico, como los presenta Monseñor Straubinger. (El de Fillion, como su nombre lo indica, sigue el orden indicado por el Oficio Divino). Esta falta de salterios manuables no significa que no hubiera ninguno en plaza. Los había, sí, pero eran escasos. Generalmente era menester pedirlos a Europa, y muchos de ellos llegaban en latín, por lo que resultaban inaccesibles al "pueblo cristiano" de que habla S. S. León XIII en el párrafo transcripto. Por ello es tan digna de encomio la última obra del distinguido

sacerdote y profesor: por la ausencia que representaba en el mundo devoto nuestro, y por el bien espiritual que significa llenar ese vacío.

Es cosa ya sabida que, de los 150 salmos del Salterio, cerca de la mitad son atribuídos al Rey David, de quien llevan el nombre. Otros autores secundarios se disputan la paternidad de algunos, entre ellos Moisés, Salomón, los hijos de Coré, etc. Pero el gran rey poeta, músico y además, santo, cantando, emocionado, sus cálidas estrofas bajo la inspiración directa del Espíritu, es, sin duda, el principal autor humano de esos versículos divinos. Así por lo menos lo atestigua la tradición.

En la introducción de la obra que va sin firma, se dice, haciendo resaltar este hecho:

"David es la abeja privilegiada que elabora —o mejor, por cuyo conducto el mismo Espíritu Santo elabora— la miel de la oración por excelencia, e intercede por nosotros con gemidos inefables" Rom. 8, 26). Todo lo que pasa por las manos del Real Profeta, dice un santo comentarista, se convierte en oración: afectos y sentimientos; penas y alegrías; aventuras, caídas, persecuciones y triunfos; recuerdos de su vida o la de su pueblo (con el cual el Profeta suele identificarse), y, principalmente, visiones sobre Cristo, *sus pasiones y posteriores glorias* (I Pedro, I, 10-12). Profecías de un alcance insospechado por el mismo David; detalles asombrosos de la Pasión, revelados diez siglos antes con la precisión de un Evangelista; esplendores del triunfo del Mesías y su Reina, la plenitud de la Iglesia, del Israel de Dios: todo, todo sale de su boca y de su arpa, no ya sólo al modo de un canto de ruiseñor que brota espontáneamente como en el caso del poeta clásico (1), sino a manera de olas de un alma que que se vuelca, que "derrama su oración", según él mismo lo dice (S. 141, 3), en la presencia paternal de su Dios".

Muy hermosamente dicho está todo esto, y a la vez con insuperable exactitud. Difícil resultaría expresar en párrafos mejores la alabanza del Salterio. Es que, como si el mismo Dios hubiera querido significar su predilección por el rey penitente, figura de Cristo, trocando sus lágrimas en gracias proféticas, los salmos davídicos son en cierto modo una síntesis bellísima del Antiguo y aun del Nuevo Testamento, en los que el lenguaje poético no altera la verdad profunda. Para comprobarlo no hay más releer el salmo 21, el salmo mesiánico por excelencia, en el que, según San Agustín, "la Pasión de Cristo aparece luminosa como en un Evangelio, y más parece una historia que un vaticinio".

Susana Calandrelli

---

(1) "Sponte sua carmen numeros veniebat ad aptos
El quod tentabam dicere, versus erat".
(*Ovidio, Elegía X*)

"En vano construiréis iglesias, predicaréis misiones y edificaréis escuelas; todas vuestras buenas obras, todos los esfuerzos serán destruídos, si no sabéis manejar al mismo tiempo el arma ofensiva y defensiva de la prensa católica, leal y sincera. Manejadla, pues, los que sabéis escribir, escribiendo; los que podéis suscribiros, suscribiéndoos; los que podéis leer, leyendo; los que podéis recomendar, recomendando; los que podéis propagar, propagando". — PIO X.

Tulumba, y mis amores

Un manantial tiende su brazo desnudo como una caricia compasiva sobre una áspera epidermis de piedra. Es el arroyo tulumbano. Más que gotas de agua por su cauce ensortijado corre un lánguido caudalito de poesía, pero de poesía serrana, silvestre y cantarina.

Lo mejor de Tulumba, superior sin duda a su nombre sanabirón y al celebrado sagrario paraguayo que guarda el templo parroquial, es el alma de aduar indio que todavía trasparece el pobladío.

En ningún sitio he sentido tanto como aquí esa gran presencia indiana tan diluída ya en las sierras y brutalmente perseguida hasta en sus últimos reductos por el urbanismo. En Tulumba se presiente todavía. Me ha parecido ver el alma del indio asomarse por sobre las tapias de adobes semiderruídas, y he creído que miraba momificado por la cara plana de los tunales.

En Tulumba la sierra suavisa toda su bronquedad y se modela en altozanos redondos, como vientres gestantes, pródigos en tomillos, poleos y hierbas olorosas. Al abrigo de las colinas se acuesta el valle de Tulumba, en el que arraiga el viejo pobladío epónimo.

El sitio, por su humilde soledad, habría germinado en la Europa medioeval un monasterio de monjes contemplativos, aborrecedores del mundo. Aquí, en Sud América, no ha dado nada más que un aduar de indios sanabirones, en los días de la conquista; una villa real para mestizos temulentos y para españoles pobretones y lujuriosos, en los tiempos de la colonia; y desde entonces hasta ahora un pobladío de elemental inspiración edilicia, cubos y rectángulos alineados flojamente en la urdimbre de diez o doce manzanas de edificación urbana, y, a la entrada de los tres caminos principales, un zarpullido de ranchos tristes e inurbanos.

No sé qué poesía llevaría en mi alma, cuando niño, pero es verdad que no podía ver este caserío entre llovizna sin que me doliera el corazón. En lo vivo sentí aquello de Verlaine:

Il pleure dans mon coeur
Comme il pleut sur la ville.

Cuando he visto amortajarse entre nieblas la lejana cadena montañosa de Inti-Huasi, y languidecer los cerros del horizonte me ha parecido que yo mismo moría. He sentido toda la sensación de sumergirme en una anestecia etérea, y de precipitarme en un abismo sin fondo repleto de neblinas.

El mensaje plástico que dan los cerros es tan inexpresivo como la primavera tulumbana, que tiene cada vez menos árboles para comunicar su felicidad a las gentes. Sin embargo, el tapizado del valle luce un verdor intenso; y en los años en que los cielos prodigan lluvias, hasta las cuencas de los roquedos y las hendeduras o grietas de las piedras se engalanan con pastos opulentos. He admirado aquí los más vistosos líquenes festoneando la hosamenta basáltica y cárdena, que forman enormes bloques monolíticos de la edad primaria.

En las horas caniculares el valle de Tulumba se caldea. Sería intolerable la atmósfera tórrida engolfada allí; mas, por fortuna, jamás deja de soplar un viento fresco, que se filtra por la ventana entornada y llega a las habitaciones oscurecidas para la siesta trayendo un fuerte perfume de retamas y madreselvas.

A esa hora, el flechazo del sol restallante y bravío fuerza a las gentes, quieran que no, a cobijarse dentro de los murallones de tierra cruda, que forman las paredes de las antiguas viviendas. Dentro duerme uno celestialmente, por más que afuera arda furibundo el sol, el resol y la resolana.

En Tulumba ocurre algo singular. Es áspera la sensación primera del paisaje y, como el whiskey, requiere un entrenamiento de paladar. Quien acá llega por primera vez, al atisbar el paraje serrano, en el que se dispone pasar el veraneo, padece al

pronto una fuerte y adversa impresión. Dan ganas de huír. Preséntase este como un lugar centrifugado del mundo, como una zona de expiación. Se hace preciso buscar de inmediato consuelo y pretextar un motivo para alzar el viaje en la mañana siguiente. No se resuelve uno a permanecer un día más en presencia de este contorno sombrío. Pero al amanecer el turista hállase ya aquerenciado al escenario rupestre, semidesolado, como si en la noche sobre su sensibilidad hubiera actuado un filtro.

El valle de Tulumba es inexpresivo. Pero sus cielos nocturnos son sencillamente triunfales. No existe noche de estrellas como la noche tulumbana, ancha y limpia al igual que un alma grande y sufrida. Aquí no brillan los astros en un solo plano, como en los otros cielos del mundo, sino que se presentan en escorzo, como si fueran contemplados a través de un esteroscopio.

En la noche, observado el panorama desde cualquiera de los cerros que ciñen al pobladío, parece éste un enorme lago hondo y ensombrecido en el que brillan intermitentes luciérnagas; o figura quizás un golfo oceánico minado de boyas señeras parpadeando a la deriva.

De pie, sobre uno de los peñascos o en los altozamos cualquiera cree que ha alzado la cabeza a una esfera de estrellas y que puede desde allí escuchar sus confidencias. Los guiños y parpadeos de los astros parecen hechos a nosotros. Pierde uno entonces la conciencia del tiempo en que vive, brinca afuera de la historia, y no sabe si su vida de ese instante pertenece al medioevo o si tal vez está contemplando alguna de las noches que iluminaron el sueño de un cacique preincásico, milenario faraón de nuestros históricos desiertos.

Siéntese en la noche tulumbana el placer sensual de la campiña estremecida por las caricias de brisas audaces. Y se advierte como el enorme lucero, alzado apenas sobre el horizonte, y los astros van descendiendo con morosa delectación a fecundar la tierra entregada a un reposo universal.

Las leyendas indias de la región dicen que aquí las vírgenes a quienes vencía el sueño sobre la maciega del arroyo, si al despertar se hallaban ultrajadas, no culpaban al demonio, ni a los íncubos silvestres sino al lucero y a los astros. Y aun hoy aseguran acá que en los campos y en las noches tulumbanas las estrellas realizan picardías. Cierto es que el aire es incitante y que cada garganta de la sierra embosca una acechanza donjuanesca. No puede caminar uno a solas por la vera del arroyo sin padecer una voluptuosa quemazón. El deslizamiento del agua, el estremecimiento de las hojas, el esqueleto rupestre que saca puntiagudos muñones por las hendeduras del manto botánico que lo recubre, todo esto, que en otras partes es tan pulcro y puro, es aquí sencillamente perverso y yo no sé por qué. Pero que me contradiga sólo quien se haya puesto a la experiencia de caminar en compañía de las aguas, arroyo abajo por las piedras escalonadas.

El paisaje tulumbano no es pictórico ni musical sino histórico, y dicho mejor, prehistórico. Porque, como aseguré, ábrese este cuadro a la mirada como una visión de aduar indio. Que eso fué el pueblo en su origen prehispánico aduar de sanabirones, agrupados en torno al *ampatu yaco*, esto es, al sitio contiguo a las tierras de labranza, en el que en morteros trepanados en las piedras molían los naturales la quínoa y el maíz, disponiéndole de esta suerte para la cochura del pan.

Eran esos indios bilingües y hasta trilingües. Hablaban por lo común el inca, el sanabirón y el comechingón. Vestían decentemente. Trabajaban sus sementeras. Represaban en diques las aguas de los arroyos. Tejían caprichosas alfombras. Grababan pictografías, de las que abunda la región. Adoraban al sol. No eran feos. Se bañaban. Y se emborrachaban espectacularmente. Los españoles coloniales mudaron el culto al sol por la adoración del Dios verdadero. En todo lo demás adoptaron los usos de la región en que vivían, a tenor del precepto: *Dum Romae fueris romano vivito more.*

De los aledaños comarcanos caen cada día al pueblo los misérrimos rurícolas de cutis estirada y avejentada. Vienen de allí nomás, de unas chacras ingenuamente trabajadas, o de un monte cerril sembrado de cactus y quiscaludos. Traen leche de cabra, quesillos y hortalizas. Es una gloria verlos llegar, a la madrugada, caballeros en las ancas de los pollinos.

Tulumba, a mi juicio, posee dos tesoros:

el tabernáculo jesuítico, labrado en cedro para el retablo de la Iglesia de los jesuítas de Córdoba; y el más valioso yacimiento que conozco de morteros indios, emplazado en medio de la villa, en propiedad privada; y que es desconocido hasta de los mismos indígenas (¡cuidado! quiero decir, de los nacidos aquí).

Estos pueblos viejos que descansan a la vera del cuatricentenario camino de Santiago poseen además otro don, otro tesoro. Sorpréndanse. Es el tesoro de sus cementerios. Dirán ustedes: qué cosa más tétrica que un camposanto de pueblo, viejo y miserable.

Pues sí. Sólo un cementerio en ruinas y desierto es del todo cementerio. Allí hasta la muerte muere. Las cunas vacías no me parecen tan impresionantes como las tumbas vacías. Un sepulcro vacío está vacío de veras.

Entonces me habré muerto cuando hasta del sepulcro haya desaparecido, cuando la tierra me haya sacudido de sí, cuando la tumba mía esté vacía de mí. Esto lo he aprendido ahora en los cementerios de Tulumba y Totoral.

Aquí he sabido qué es viajar por el camino de la muerte, muerte adentro, como por un corredor de catacumba profundo e interminable, hasta tocar por fin el cabo de la muerte, hasta llegar por fin a sus fondos, que es quedar uno muerto de su propia muerte, y ser difunto del yo difunto, y hundirse en la nada pannihilista y en soledad pansolitaria. Y punto aquí. Ofrezco el tema a los poetas metafísicos. El panteísmo tiene un reverso: el pannihilismo.

Yo me recupero del derrotismo en que me sumen estos pensamientos míos rumiando una y otra vez aquello que me decía mi abuela, mi santa abuela que descansa en paz bajo soles y cielos tulumbanos y cuyo elogio otrora canté en prosa dadaísta:

"Mal vive quien no vive de tal suerte
que viva tras la muerte".

En presencia de estas cenizas de cenizas nadie puede dejar de sentir reacciones heroicas, que si se ha desviado le enderecen en el camino del destino humano, de ese destino que cifran en recio laconismo las leyendas de las cruces de misión, clavadas en esta tierra, a la salida de casi todos los pueblos: SALVA TU ALMA. En presencia de este exterminio que sufren aquí los muertos se comprende a las claras que vale la pena *salvar el alma.*

Como decía: Estos son cementerios de cementerios y ruina de ruinas. O, si queréis: cementerio de ruinas y ruina de cementerios. Léese en ellos cómo acaba la historia de los hombres y cómo los muertos pierden el último *mío*, que a los míseros les queda, y recuperan a la vez el último *tuyo*, y cómo también se sumen en el definitivo *nuestro* de la madre tierra; absorbidos por ella, fundidos en una idéntica masa protoplasmática el negro y la rubia, el monje y la bataclana, el multimillonario y el pobre diablo, el dinástico de apellido patricio y el anónimo, nacido en las taperas, fruto del pecado paterno y filtrado al mundo por escotillón.

No teman ustedes que en estos camposantos dé miedo la muerte, pues ha sido de ellos barrida. Lo he dicho: aquí ha muerto la muerte.

¿Recuerdan los versos de la encantadora Rosalía de Castro, que gustaba citar Unamuno? Los traduzco literalmente del galaico:

¡Mi tierra! tus cementerios
con sus cipreses tan altos,
con sus olivos oscuros
y los humildes osarios,
todos cubiertos de flores,
frescos como nuestros campos;
en el alba melancólicos
y en la tarde solitarios,
cuando el sol poniente os baña
con su resplandor dorado
a quien no tiene sosiego
parecen decir: ¡durmamos!

¡Ah, no! El cementerio tulumbano que no posee ni pizca de toda esa poesía de Rosalía, pues no hay en él más que un ciprés, a un lado, como pluma de sombrero medieval, o como índice aplicado a los labios de la sierra imperando silencio, este camposanto sin olivos y casi sin tumbas, trocado todo él en osario de huesos polvorosos peor que en la visión de Ezequiel:

a los que ha tiempo murieron
parece decir: ¡muramos!

Porque en él el muerto muerto está de veras. Y cuando llueve sobre este camposanto la llovizna cala ¿los huesos? — No.

Las cenizas de esa postrer riqueza de la muerte.

Cómo me gustaría traer a que esto vieran las bellísimas niñas que en Buenos Aires pasean por Santa Fe y Florida luciendo bucles pintados o reflejos de luna y que con perendengues cubren o presumen cubrir su interior miseria espiritual.

"Una tumba en ruinas es como una tumba intensificada", decía aquel que tan a lo hondo sintió sobre "El sentimiento trágico de la vida". "Cuando la destrucción, es decir, la muerte, pasa sobre la muerte redobla su dramático interés".

Oye, Gray. En el cementerio de Tulumba no descansa Hampden, ni el inglorioso Milton, ni Cromwell, ni duermen en él humanas solemnidades. Aquí el tiempo desmenusa los últimos despojos de mi abuela Griselda, mujer sobrenatural en el amor y en el dolor si la hubo jamás.

Y aquí también, Gray poeta, camina por el subterráneo de la muerte, muriendo cada vez más, aquella angelical Angélica, la Beatriz de mis amores, a quien una hemoptisis arrancó ha ya tiempo de mi ilusión, dejando sólo y desolado mi corazón de once años. Aquí ella está muy muerta en su muerte; pero viva —te lo juro, Gray—, viva, muy viva aún en mi amor y en mi recuerdo.

Hernán Benítez

Tulumba, 19 - XII - 1943.

AGUAFUERTES

I. - VACACIONES

"Es la vida tan dura que es preciso buscar de tiempo en tiempo un poquito de muerte, que a la vida de descanso y deje seguir luego viviendo.

Leopardi.

Así es, pese a la aparente paradoja.

Buscando esos desahogos de vida que son abrazos a la muerte, y huyendo la canícula de Buenos Aires me vine a la montaña cordobesa. Qué bien pensado está eso del poeta italiano, porque claro es que sólo para hacer luego posible la vida; es decir, la acción, la lucha, la agonía, a que estoy condenado en el mundo, me he venido a este rincón querido cordobés. El descanso es una inyección de inactividad o de muerte que se trueca en antídoto contra la muerte.

Y, Dios mío, cómo muero aquí. Desde que llego a la vieja ciudad del Suquía me parece que las ideas me abandonan. Desde que me envuelve el canto de los morochos cordobeses y diviso la sierra, el torreón jesuítico de la catedral y la silente y sucia calle Caseros me amustio, me anemio, y la sangre se me remansa en las venas.

¡Qué felicidad, bendito el cielo, la de poder uno centrifugarse de Buenos Aires, mediterráneo adentro, en procura de sociego, de montaña, de sueño y de rezos serenos. Veinte días arreo, sin cartas, ni radio, ni rabias. Lejos de la política internacional que me llena de cálculos epáticos. Lejos de los que y de las que se empeñan por entender cuanto escribo o hablo exacta y cumplidamente al revés. Lejos de hiperestésicos, cocainómanos, fobiosos, filiosos y botarates. Veinte días sin oir chilindrinadas contra el gobierno, ni prédicas rupturistas, ni amenazas de armas secretas. Veinte días en mangas de camisa, lejos del teléfono y de mi revesado cuarto de soltero.

Hablaremos de sierras y de riachos y de cosas inocuas. Contaremos cuentos. Seremos amigos de todos. Daremos palmaditas en el hombro de caudillos destronados y de truhanes de la política. Hablaremos de bueyes perdidos para solaz de burgueses. Describiremos paisajitos de abanicos a las damas encantadoras. Esta vez hasta los yanquífobos y germanófobos van a decirnos que estuvimos muy lindo *en los aguafuertes.*

Porque para tal fauna uno está muy lindo *toda vez que no les contradiga ni les sacuda la conciencia. Y cuánta necesidad padecen de ser sacudidas y aireadas las con-*

ciencias e inteligencias de ciertas gentes, que si se alzacen un poquito los cascos dejarían escapar de inmediato un olorcito crudo a moho y a ratón y a gato. Y no peleemos más.

Cantemos nuestros amores que en frasecitas de cariño, por más que los busquen, no hallarán sentidos zurdos ni misteriosos los histéricos, que pretextan escandalizarse de nuestros renglones para chillar y hacerse sentir. ¡Filisteos lindos! escandalizados de mí, pobre diablo, que no tengo ni un cobre ni garras de luchador ni en qué me caiga muerto.

II. - CORDOBA

¡Y lo que la quiero!

Por ella doy por bien sufrido este viaje infernal. Yo no quería protestar, ni quejarme para no parecer querendón, como un solterón histérico. Pero el tren serrano, sábenlo ustedes, se está convirtiendo cada vez más en un pasadizo de mercado. Que la gente duerma y se ponga holgada, bien, Que los niñitos con sus inocencias nos obliguen a trabar conversación con desconocidos, muy bien. Pero que un señor se cambie pantalones tras el respaldo del asiento en un coche con niñas, damas y monjas... vamos, vamos. Que cuatro patoteros parloteen a gritos y piropeen impunes a cuanta chica pasa junto a ellos... eh, eh. Que muchachas descocadas no cesen un instante de corretear por los coches dando portazos, todo porque vistan pantalones y lleven anteojeras negras de Di Si, Lavalle y Florida... vaya, vaya.

Y adviertan que no me quejo del pantalón de las chicas, pues las prefiero así empantalonadas antes que con las pollerillas leves y esquemáticas de uso ultramoderno, con las cuales, cruzadas de piernas, descubren hasta las indecencias... bueno, bueno.

(Aquí las damas y las mamitas tiernas se indignarán porque digo ésto tan crudamente, como se encrespan y revientan cuando el bueno del Padre Benítez, que les aseguro es un inocentón, les predica que las mallas de uso común están convirtiendo las playas en campos de prostitución, inversión, fetichismo, mazoquismo, autoedonismo. Qué inocencia la del bueno del fraile. En cosas peores, pobre hombre. Pero allá vos, fraile, y allá ellas).

Considere usted: Doce horas de tren, bajo una canícula opilante, embotadora e implacable. Añada el polvillo recalentado que va introduciéndosele por los oídos, boca y narices y que le hormiguea en la trompa de Eustaquio y le costipa la pituitaria, provocando escalofríos y estornudos. Otrosí, ese viento de soslayo que le deja el ojo inyectado en sangre. Y, amén, los portazos, los empleados que pasan barriendo o sacudiendo el polvo, los chiquilines que lloran y las gentes que protestan porque el mozo, pobre cristo que no para un segundo en su acarreo de sodas, bilzs, y cervezas, olvida un pedido o confunde los encargos.

Y entre tanto, implacables, estentóreas, quemantes, epilépticas, sobre un furor de océano redoblan las ruedas abajo su matraqueo de acero:

Taratatá taratatá
taratatá taratatá.

únicamente interrumpido en el cruce de las alcantarillas por un seco ritmo de espondeos:

traca traca tré, traca traca tré,

que cede luego el turno al ferrado rodar:

Taratatá taratatá
taratatá taratatá.

Pero lo que más me enfurece es ver al morocho aquél, que no se ha sacado un instante de la cabeza ese funch: grueso, gris y graso, que lleva calado hasta las orejas. Y todo porque una chica modosita se le acomodó en frente. Pobre negro. Una de dos: o has de tener una calva indecente, o has de ser tiñoso. Lo que tú quieras. Y ¡cómo sudas, morocho! Pero te apuesto que no vas a sacarte el sombrero hasta Córdoba, aunque te cuezas y nos des fiebre a todos. Cómo te contoneas, bebiéndote tus salados sudores y mirando la ventanilla con simulada indiferencia, al tiempo que muestras a la chiquilina tu ancestral perfil prognato.

Bueno, bueno. No necesito decir que me domina un humor canino y que este calor no me dejaría ni aun arrepentirme de mis pecados, si aquí Dios me llamara a juicio. Confieso que desde chico he sentido repulsión hacia los tenorios que se fruncen en sus amaneramientos, cursilerías, ob-

sequiosidades y coqueteos frente a una tilinga vistosa.

Aquí va nuestra vida embalada en máquina de infierno, atravesando enormes latifundios. Me da furor contemplar las llanuras sedientas y depopuladas. Cómo no ha de desear uno que los dueños se pudran gotosos en sus palacios de Avenida Alvear, en castigo de haber condenado a esterilidad tanta tierra dadivosa. Sí, es cierto, veo también anchas áreas labrantías. No lo niego. Pero, a esta hora cuando la guerra incendia al mundo, un pedazo de suelo improductivo es pecado. ¡Y qué de pecados a la vera de nuestro férreo itinerario!

Pero bienvenido el dolor que a la vista está mi amor.

¡Córdoba! ¡Cabrera! ¡1573! ¡El Suquía! ¡Mis abuelos en los camposantos! ¡Mi infancia acunada aquí!

Cuando desde Río Segundo veo la sierra me hormiguea el alma bajo la piel, como si oyera Boheme de Puccini, y me dan ganas de ser bueno y de sacrificarme por el mundo. *Kátharsis* llaman los griegos a esta purificación afectiva.

Me habían hecho creer —tonto de mí, pero tonto plus quam perfecto— que en Córdoba estaba a punto de estallar la contra-revolución. Figurábame que presenciaría desfiles de estudiantes huelguistas amenazando furiosos a Ramírez, a Hugo Wast, a Perón y a Scasso. Pues, señores, aquí no pasa nada, absolutamente nada. Algún estudiantillo haragán anda mohino. Algún profesorcito se consume de julepe. Algún político destronado le tira chinitas al gobierno y predice cataclismos tras cada renuncia de un ministro. Esto es todo.

Pero, créanme, en Córdoba no han tirado los huelguistas cañada abajo a los hijos de los carneros, ni han defenestrado profesores, ni aparecen anudadas a sus percales, colgando de los faroles coloniales, las viejitas que van a misa de prima, ni otras paparruchas de esas con las cuales en Buenos Aires se embauca y espeluzna a los crédulos.

Algún bellaco, no lo negaré, en el día del reservista soltó a volar un globo con el chiste de: *¡Abajo los tiranos!* Al travieso le asentaron dos azotes prepósteros para curarle la guazada (¿qué menos se le debía?), y ahora el mozo marcha bien y anda agradecido.

Sin embargo, no falta gente en Buenos Aires, que habla de las torturas a que somete a sus víctimas la policía, y de los campos de concentración de Córdoba y de Neuquén y de los tormentos aplicados a Culacciati. ¡Cómo tendrá esa gente de sucia el alma cuando de llevar y traer tales estupideces hace su arregosto!

En estas calles todavía coloniales paréceme que las puertas de las casas se aprietan y sueldan a sus cerraduras para contener que no se derramen al mundo las tragedias sofocadas en el interior. Córdoba se cierra así en sí misma. Es una ciudad ensimismada. Yo paso estremecido frente a las viejas casonas misteriosamente herméticas. Dios sabe el dolor, las esperas desesperadas, los amores marchitos y las epidemias de tristeza y de impecunidad que asuelan estas mansiones señoriales hastiadas de su venerable patriarcalidad.

Y si a través de un zaguán veo cruzar, allá adentro, de estancia a estancia una joven vestida de negro que marchita su belleza insensiblemente en tragines minúsculos, sufro escalofríos. Si, ustedes piensen lo que quieran y clasifíquenme como les venga en gana, a mí me parece que he visto una presa del dolor del mundo. En mi corazón siento arder todo el drama de Hugo Benson: *"La luz invisible"*. ¿Lo recuerdan?

En estas callejas cordobesas, por las que me gusta deambular en las últimas horas de la noche haciendo acopio de emociones —Córdoba es terriblemente sugerente, como una mujer hermosa y atormentada—, he desgranado mis mejores rezos y las más purificadoras lágrimas. Se me anuda en la garganta la emoción de mi niñez y los más íntimos recuerdos me suben a la conciencia yo no sé desde qué profundísimos pozos interiores.

Quién sabe por qué me van resonando en el alma a cada paso que doy las frases de la *sinfonía en re* de César Franck. (Es uno de los poemas musicales que han expresado más formidablemente el dolor humano. Y yo no me avergüenzo de confesar que necesito de tiempo en tiempo un poco de Franck y un poco de Wagner como otros necesitan que les repita por milésima vez la amada que los quiere. La *sinfonía en re*, el preludio y el idilio de Parsifal, por ejemplo, son algo mío, muy mío, que preciso tocar dentro del alma pa-

ra cerciorarme que allí todavía están, como el judio necesita de rato en rato hacerles el amor a las monedas, acariciando las bolsitas guardadas en misteriosas arcas. Y cuando he verificado mi Franck y mi Wagner interior paréceme que estoy en mi persona, que no he desmejorado, que es bueno mi pulso espiritual, que soy el que soy. Algo así como cuando resisto una tentación me parece que meto los dedos en la gracia que me llena el alma como leche espumante y tibia).

Decía pues que, Franck sonándome en el corazón, caminaba a media noche por las calles de Córdoba. ¡Qué estremecedora soledad! Parecíame que cada paso mío me llevaba a los tiempos coloniales. Por aquí desfilaron durante dos siglos las ceremoniosas procesiones de graduandos. Bajo las estrellas se cantó la hora, seguida del pregón meteorológico y se vivó al Rey. Aquí mis abuelos amaron y sufrieron y jadearon y se los tragó la muerte. Y fueron estas para ellos las calles de la vida y de la muerte. Intactas calles de ellos y mías. Pues siento tan mías estas callejas castizas como mía es mi madre y yo soy de ella.

Por momentos me dan ganas de silbar, para sacarme del corazón el miedo a las sombras y a las emboscadas. Y me estremece pensar que puedo hallarme de repente frente a frente ante aquel extraño caballero que alta la noche recorría las ciudades medioevales inmóviles, sembrando el amor y la muerte, trágicos e inseparables hermanos, como Leopardi decía.

Estas solitarias calles de Córdoba son el escenario adecuado para ese caballero enjuto, vestido de apretado terciopelo negro, que cubría su rostro con antifaz puntiagudo, dejando entrever, por las cuencas de los ojos dos llamas rojas. Y era formidable y potente. A cada paso del corcel temblaba el siniestro penacho de altas plumas negras que remataban el morrión, y su armadura reflejaba rayos rojizos. Cabalgaba un espantable caballo que acechaba a una y otra parte, a través de las sombras, agitando las crines espeluznadas. Así dicen que era el tremebundo caballero que encarnaba al amor y la muerte.

Y cuando los niños y las doncellas desveladas creían escuchar el golpe de los cascos, allá en la calle, del temido caballero, escondíanse estremecidas de espanto bajo las colchas, dentro de los tibios lechos, para no ser heridos con el dardo del amor y de la muerte.

Aquí, en estas calles, también a mí me parece que escucho los pasos impresionantes del amor y de la muerte, y creo sentir a toda la ciudad gimiendo bajo el despotismo del tenebroso caballero.

Córdoba, no puede dudarse, constituye un insuperable escenario de novelas psicológicas. Llegarán tiempos en que será el reducto indispensable para que el argentino aprenda a sentir la Argentina. Y será también el sitio ideal para vivir luna de miel, para practicar retiros espirituales y para disponer a buen morir.

Yo necesito de Córdoba como de la oración y del sueño. Quizás lo que más beneficia nuestros nervios es esta sensación de pasividad que la ciudad nos brinda. Aquí los días y los meses se engolfan. No sabe uno en qué fecha vive, ni si de mañana o de tarde. Pero es que tampoco se sabe si se vive, o si todavía en el mundo hay obligaciones instantes que cumplir. Y si los días, pasan, pasan en otra parte. Aquí no pasa nada. Córdoba es un impase. Si, a los que a ella venimos desde el tumulto metropolitano nos sienta esta ciudad como gragea de neuronal.

Y, la quiero. Vaya si la quiero. Como es ella, pese al olor a equinos de que sus calles están impregnadas y que la llovizna el relente alza insufrible, apestando las tan loadas noches cordobesas de cielos peraltados y de qué sé yo cuántas lindezas les dijo a estos cielos el glorioso Capdevila.

Pero, qué importa eso, Córdoba es Córdoba y yo la amo como algunas mujeres aman al marido aun con las bofetadas que el animal las regala a tiempo y destiempo. "Es Córdoba como una querida con mal aliento", me decía un amigo liberal, de esos a quienes les gusta sorprender con crudezas y chocanterías. Para mí Córdoba es una madre sufrida, vieja y rezadora, a quien uno, si es bien nacido, no le mezquina el beso por más que el tiempo haya ultrajado toda su belleza.

Mas no quería hablar aquí de Córdoba. Mi ciudad merece canto aparte con tono mayor y énfasis, no con las familiaridades y brusquedades de los aguafuertes. Y, te cantaré, morena, lo juro te cantaré.

III. - TOTORAL Y SARMIENTO EN EL INFIERNO

A la margen del glorioso camino de Santiago, tan repleto de históricas grandezas está sentada Totoral. Hoy al viejo villorrio las guías camineras llaman General Mitre. Cuando los españoles de la conquista bajaban de Santiago con el propósito de fundar Córdoba hallaron en este lugar un pobladío al que los indios quichuas-sanabirones de la región apellidaban Cavisacate. *Los peninsulares dieron en decirle* Caída de Antón Berrú, *porque un español así llamado padeció una formidable rodada.*

Totoral es pobladío fresco y bastante buen mozo. Muy indicado para veraneantes sobrios en las costumbres y en los recursos. Aquí vine yo, con mis huesos mi sobriedad y mis bolsillos apurados.

El sitio está bien arbolado y las casas pobres por lo general dispónense a cordel dentro de un geométrico reticulado.

Allá en tiempos en que por esta real ruta corría el oidor Alfaro (1611), *un Cura llamado Juan Sánchez detentaba el pomposo título de* "Cura de la Parroquia de Totoral, Guayascate y sus anexos". *Fué sin duda el primer pastor espiritual de esta comarca y, quizás a él sucedió en el curato el famoso pleiteador Rodríguez de Ruesgas.*

En "Papeles Eclesiásticos del Tucumán *Siglo XVI — T. I" de R. Levillier, hállase la formidable controversia, suscitada a comienzos del XVII, por el clérigo Rodríguez de Ruesgas contra Juan de Soria, otro Presbítero cordobés hijo de los fundadores y un poco ayuno de Catecismo.*

Pues bien, la disputa aquella, emprendida hace trescientos años y que conmovió durante mucho tiempo a todo el Tucumán versaba en torno al curato de Totoral, que ambos clérigos alegaban para si, probando méritos y batiéndose en exámenes y competencias.

En puridad de verdad la descomunal controversia, esparcida en todo el primer tomo que antes cité de Levillier, entablábanla el Obispo Cortazar y el Gobernador Alonso de Vera y Zárate por puntillos de honra y primacías, de suerte que el curato de Totoral era poco más que pretexto. ¡Qué no imaginarían en la corte de España sobre la grandeza de este Totoral y de sus aledaños, cuando por su posesión clérigos, Obispos y Gobernadores litigaban un año entero arrojando vendavales de legajos y papeles a los Archivos de Indias! Han corrido tres siglos y aquí a la vista tengo a Totoral y sus anexos temblando de miseria a merced de quien la quiera llevar.

Toda esta tierra fué en el siglo XVII merced de Pedro Luis de Cabrera, hijo del fundador. Y aquí también poseyeron pingües estancias ricas en garañones y mulares las Monjitas Catalinas. Y, si damos fe a Mons. Cabrera, el vástago del fundador de Córdoba fué poseedor del obraje de San Esteban, sito en Totoral viejo al pie de un altozano, del que quedan todavía unas miserables reliquias sobre las cuales bordan misteriosas leyendas los leídos del pueblo y los políticos dicharacheros.

En el libro: Córdoba del Tucumán, Prehispana y Proto-histórica, *Mons. P. Cabrera asegura que ha escrito unos* "Apuntes biográficos", *aún inéditos en su mayor parte, sobre Rodríguez de Ruesgas, esclarecido miembro de la vieja clerecía del Tucumán. (Cfr. Nota* 28, *en pág.* 154). *Tales* "Apuntes", *que si existen permanecen inéditos todavía entre los Papeles y Documentos de Mons. Pablo Cabrera, que guarda la Biblioteca de la Universidad de Córdoba, contienen sin duda datos valiosos sobre Totoral de hace trescientos años.*

Pido por favor a algún estudioso cordobés que bucee en el mare magnum de la obra inédita del gran Cabrera y nos regale los mentados "Apuntes" *en un libro que, con sus evocaciones históricas, vendrá a avivarnos el amor a estos rincones cordobeses llenos de desconocida gloria.*

Anoto esto porque prometí escribírselo al actual Señor Cura de Totoral, quien no salía de su asombro cuando le aseguré que su Parroquia era heredera del Curato más antiguo de la Provincia, después del de la Catedral.

¡Qué pena irremediable da que algunos inescrupulosos, felinos, locos y no sé qué más decirles hayan roto, quemado y despaginado libros parroquiales antiguos y venerables, como los de Tulumba, pongo por caso, que remontan la documentación hasta los períodos del imperio jesuítico. ¿Qué han querido paliar con la expoliación de

los documentos? ¿Que sus abuelos eran hijos de naides, *que andaban en patas y con la cabeza chichonada, y que cualquiera poseía el derecho de pegarles* sin pórque ni páque?

¡No saben cuánta razón tenía el que decía que si en el mundo no hubiera pecados casi ninguno de nosotros habría nacido! Camine Usted por las genealogías más azules y verá que a los pocos pasos se ponen verdes. Aquel nació de la sirvienta, el otro de la cocinera, y desotro sólo se sabe que un día le trajeron en brazos de la cañada.

La politiquería envenena a estos pueblos. Me llena de inquietud la doble epidemia que ha vuelto patrióticamente endémica a la Argentina:

1. *la fiebre del puesto público,*
2. *la politiquilla populachera.*

El Gobierno que sea capaz de rascarle a la Argentina esta doble sarna será tan eficiente como el que delinee caminos y ahuyente a los ociosos de la Metrópoli repoblando los campos.

Otro vicio aqueja a esta gente de pueblos provincianos. Es la de llorar miserias, la de lamentar los malos años y la poca suerte.

Los hombres tienen necesidad de beber, de emborracharse y de deshonestarse. Es un mal que les viene de antiguo. El Padre Lozano escribió aquí cerca, en Santa Catalina su famosa Historia de la Compañía de Jesús. Pues bien, en el Tono segundo de su voluminoso trabajo describe el mal de la embriaguez en estas comarcas. Mal antiguo de los indios, empedernidos bebedores de chicha, y de los colonizadores, que no les iban a la zaga. Escuchen este párrafo del jesuíta, que es una delicia de lengua:

"El vicio de la embriaguez estaba tan valido entre los naturales, que causará asombro a quien lo leyere, pues aun los mismos amos que los habían de contener, les daban amplia licencia para juntarse a sus borracheras. A estas juntas concurrían los indios comarcanos, de cualquier condición o sexo, y avivado el fuego de la concupiscencia al calor de los brevages, prorrumpían en culpas abominables en materia de sensualidad, sin respetar al más próximo parentesco, ni aún al mismo sexo. Y toda la fiesta paraba ordinariamente en riñas y pendencias. Porque allí se refrescaban agravios, cuya memoria había dormido, al estar la razón más despierta. Pero sepultada ésta en el profundo letargo de la embriaguez, revivía con más vigor aquella, para irritar sus torpes ánimos a la venganza, que lograban, hiriéndose y matándose como fieras.

Llegaron estos vicios a tal extremo, que cuando algunos más celosos resolvieron atajarlos, no discurrieron otro arbitrio más poderoso sino tratar con el Virrey del Perú que suplicase encarecidamente a su Santidad, quitase todas las fiestas del año, y la obligación de guardarlas, a los indios de esta Provincia; para que la ocupación continua quitase la fuerza de tan depravada costumbre, y no fuesen incentivos de ofensas a la Majestad Divina los días destinados a su culto y reverencia. Y aunque este arbitrio tuvo en el Tribunal del Virrey el despacho merecido en su desprecio o repulsa, como indigno de tratarse por ser de derecho divino, haya algunos días de fiesta dedicados únicamente al culto y adoración de la Majestad Soberana, fué con todo esto argumento sobrado de cuán estragados, y perdidos estaban dichos indios en este abominable vicio, y cuán poca cultura, y enseñanza tenían en orden a su salvación.

Tales maidades, y tales injusticias, como las ya referidas, permitía e imperaba la insaciable codicia de las riquezas, que justamente llamó el Apóstol origen de todos los males. Y no erró quien la llamó ciega consejera, pues fué poderosa a cegar tanto que no reparasen en tamaños desafueros unos ánimos tan piadosos, cuales son comúnmente los españoles, que ciegos de la codicia tropezaron, y se despeñaron en otros más blandos y alhagüeños de la sensualidad, a que les ocasionaba la misma fertilidad, y abundancia del país".

Así los hombres. En tanto las mujeres como antes, también ahora adolecen de un mal incurable, el de entregarse a la delectación morosa de quejarse y de lamentar la mala suerte. "Manía lamentabilísima y secuela de aquella pordiosería de la literatura picaresca tan española", como decía Don Miguel.

Borrachera, folklore y espíritu querendón yo no sé si devienen del español o del

indio o de ambos de consuno. Pero a esta gente no les camina una sola hormona por la entraña que no engendre esas pignoraciones.

"En estos pueblos los hombres viven absortos en la consecución del pan cotidiano. Y cuando han satisfecho sus necesidades inmediatas, si no les domina la concupiscencia del vicio les vence la pereza, que es acaso peor. En estos ámbitos tranquilos y soñolientos de provincia el que no necesitando trabajar demasiado no se da al juego, a la bebida o a la lujuria, se da a ver pasar estúpidamente las horas. Y menos mal cuando el aburrido no cae en los desesperados remedios contra el aburrimiento, por ejemplo, en el juego, feroz azote no tanto del bienestar de la familia como de la inteligencia. Porque estoy convencido de que el juego estropea la inteligencia aún más que el alcohol. Prefiero tratar y conversar con un alcohólico a tratar y conversar con un jugador. Juego, alcohol y concupiscencia son los terribles castigos de los pueblos de provincia, donde la vida espiritual dormita. Son el abismo en que caen las sociedades a las que no inquietan las eternas inquietudes de una conciencia de veras despierta:"

Adivinen ustedes de qué pueblos y de qué gentes se ha escrito esto: ¿de las de aquende o de las de allende el atlántico?

En Totoral he recordado persistentemente el infierno de Dante. ¿Por qué misteriosas asociaciones? Porque en esta villa los totoraleros han aplicado a Sarmiento un tormento de purísimo corte dantesco.

En el Canto XIII del Infierno los suicidas vense trocados en árboles de troncos retorcidos, llenos de muñones y de nudosidades, que arrojan ramas epilépticas, en las que van a posarse espantosas y nauseabundas arpías. Usted oye allí lamentos. Mas no advierte al pronto quien pueda quejarse. Pero cuando el jibelino y Virgilio, que le acolita, toman sendas ramas de uno de aquellos al parecer árboles y las desgajan, óyese jadear al árbol y vociferar al tiempo que por la herida de la rama se desangra:

¿Perche mi scerpi?
¿Non hai tu spirto di pietate alcuno?
¿Por qué me hieres?
¿No hay en ti adarme de piedad ninguna?

Pues aquí, los totorales han convertido al eminente cuyano en piedra. Es un tormento impío.

Así como el camino se dispone a entrar en la población vese allí a la siniestra banda un pedregal lleno de maleza, de viboreznos, de churcales, verdadero rincón de suicidas. Y, por contraste, en manderecha del camino, el arroyo se represa y remansa en ancha fuente, que desfleca luego en graciosa catarata su líquida armonía. Traen las aguas un frescor tan plácido del hontanar vecino que vuelve más tantálico el suplicio al sanjuanino, convertido en risco precisamente allí en frente. Porque éste es el suplicio a que han condenado en Totoral a nuestro gran educacionista. En el breñal, que digo, híspido, inaccesible, siniestro, madriguerezco vese aflorar una enorme testa pétrea de un Sarmiento, que parece va poco a poco siendo devorado por el peñascal. Es algo que estremece. Especie de tormento chino, con la víctima enterrada hasta el cuello, y de suplicio de Prometeo.

Pero, bromas aparte, qué soberano mal gusto estético el de alzar un monumento a Sarmiento, o a Muiño, que a este se parece más el pedrusco ese, clavando la cabeza del héroe en un pedregal y en medio la serranía. No se piense en maldad alguna ni en irrespetuosidad contra nuestros héroes nacionales. Trátase únicamente de un mal gusto, de esos que están destrozando la belleza natural de las sierras.

Y me dicen aquí, que para inaugurar el esperpento vino el gobierno en pleno, y rodearon al mártir centenares de niños, latiéndoles de terror el corazón, pienso yo, bajo los delantalillos blancos. ¡Cuál no sería el azoramiento de los pequeños al contemplar a su patrono Sarmiento en penitencia; y que unos señores solemnes le hacían una larga condena delante del Gobernador, las maestras y la Escuela en pleno! No hay memoria en el mundo de castigo igual.

Y allí queda el pobre prócer clamando desde su dantesco suplicio a los que pasan por el vecino camino.

¿Non hai tu spirto de pietate alcuno"

Leonardo de Aldama

Totoral 16 - XII - 1943.



Aurelio Víctor Cincioni

Aurelio Víctor Cincioni, cursó sus estudios en la Academia Nacional de Bellas Artes y el último año en la Escuela de Artes Decorativas de la Nación.

Hemos visitado el atelier del pintor; la crítica se ha ocupado de su obra elogiosamente, las exposiciones realizadas la han confirmado.

Su inquietud lo llevó a Chile; ya lo dijo José León Pagano: "Cincioni es un inquieto, pero no un afiebrado siempre dispuesto a evadirse de sí mismo"... "Siempre interesaron a Cincioni los aspectos naturales de anchos horizontes, cuya dilatada amplitud de líneas quebradas y planos huidizos se resuelve en un problema de luz (valores en el color)".

Sus cuadros personalísimos con un colorido suave, plenos de atmósfera y encanto, nos hablan del gran porvenir de este joven pintor.

En Chile se ocuparon de él con toda simpatía los diarios "El Imparcial" de Santiago y "Las Noticias" de Puerto Varas. Cincioni ha llevado a la Nación amiga el entusiasmo del artista y el afecto del argentino, y nos ha traído en los paisajes de sus cuadros la belleza de su suelo. Así lo comprendió la revista "Chile"... "Estas líneas, que no pretenden ser un juicio crítico para la obra de Cincioni, sólo quieren rendir un justiciero homenaje a un artista argentino, que ha puesto su paleta al servicio del turismo del espíritu, trayendo a Buenos Aires pedazos de tierra y cielo chilenos. Son los artistas, en todos los pueblos y en todas las épocas, los que mejor sirven, porque mejor sienten, la noble causa de la confraternidad"...

El óleo "A orillas del Reloncaví" con sus figuras llenas de movimiento y gracia, con su cielo bien logrado, es todo un exponente de lo que este artista de alma es capaz de realizar, y que honra a la pinacoteca argentina hermanándonos con su arte a la nación chilena.



A orillas del Reloncaví (Puerto Montt - Chile)

Solidaridad Evangélica

Carta del Doctor Alfredo L. Palacios al Rvdo. Padre Diego de Castro Ortúzar.

Buenos Aires, 1º de julio de 1942.

Señor Pbro.
Diego de Castro Ortúzar.

Estimado amigo:

Considero que ha hecho Ud. una obra importante con su libro "Cómo comprender el Evangelio", cuyo envío le agradecí oportunamente.

Existe un desconocimiento general de la doctrina evangélica, tanto en la teoría como en la práctica. He preguntado en algunas de mis clases a los alumnos, si habían leído la Biblia, o los Evangelios, y casi siempre me contestaron negativamente. Si ese caso puede producirse entre estudiantes y universitarios, ya podemos deducir lo que será entre la gente intelectualmente más modesta. Hay en todo el Occidente una profunda ignorancia de los valores del Cristianismo; y esto me parece grave, porque para mí el Cristianismo, ante todo, es una conducta.

Ya nuestro gran Echeverría preconizaba, hace un siglo, como principal misión del clero, en el país, la de predicar el Evangelio; y él quiso erigir en dogma civil, sus principios de libertad y sus postulados morales, que vivifican la orientación y el sentido de la existencia argentina.

Pero, por otra parte, no basta con el conocimiento de la palabra evangélica; es necesario, además, y sobre todo, su realización social en el aspecto de la solidaridad humana; porque, como ya lo dice el evangelista, "el que obra mal, aborrece la luz", y abundan mucho los que se escudan en la palabra evangélica para proceder prácticamente en una forma opuesta a sus principios. Este ejemplo negativo, que viene generalmente de dirigentes sociales, es lo que ha producido en el pueblo el descreimiento y el escepticismo, y como terrible consecuencia, la disolución moral y social que hoy presenciamos.

Me he preocupado siempre de la realización social de esos valores, porque las actuales condiciones de la vida no permiten, ni siquiera que el trabajador pueda vivir, si el Estado no le reconoce y ampara sus derechos de ser humano, integrante de la sociedad. En la presente organización capitalista, que no ha podido garantizar al hombre el pan de cada día, la caridad no puede tener eficacia empleada como limosna; tiene que ser la justicia técnicamente aplicada al juego de los valores económicos y personales, y convertida en derecho actuante, lo que puede permitir una organización que constituya el trasunto básico, en el aspecto biológico-social, de los principios del Evangelio. Sobre ese cimiento orgánico puede elevarse el vasto edificio de la comunidad, que debe estar arraigada en las normas espirituales del Evangelio.

Creo, por lo mismo, que Ud. realiza una obra fundamental al explicar el sentido de la palabra evangélica, dándole su verdadera significación, que es la del enaltecimiento del hombre en la unidad del amor y del sacrificio por el bien.

En este grave momento de la evolución

Bajo este título publicamos una correspondencia entre el doctor Alfredo L. Palacios y el Pbro. Diego de Castro Ortúzar. Estas dos cartas fueron cambiadas con motivo del envío del libro "Cómo comprender el Evangelio", pero las ideas que contienen son de valor trascendental porque enfrentan problemas básicos en perspectivas eternas, indicando el único camino hacia la solución definitiva.

La solidaridad nace del amor, el amor nace de la fe en Cristo.

La fe en Cristo exige conocimiento de Cristo y de su doctrina.

La falta de conocimiento de las Escrituras es la causa más profunda de todos los males: individuales, sociales, nacionales e internacionales. He aquí una verdad incuestionable.

Estas dos cartas merecen la profunda meditación de todos aquellos hombres que tienen el corazón recto y son llamados para reorientar la vida, en todos sus aspectos, hacia Cristo, el único Salvador del mundo.

N. de la Redacción

---

del Cristianismo, en el que peligran todas sus conquistas, creo que es urgente la necesidad de que cuantos trabajamos por el bien de nuestros semejantes, no importa el campo y el aspecto en que lo hagamos, unamos nuestros esfuerzos y coordinemos la acción para imponer el triunfo de la tendencia constructiva sobre las fuerzas disociadoras que nos empujan a la catástrofe.

Respecto a la estructura de su libro, la considero una exégesis ejemplar, en su aspecto de alta cultura; por la unidad trasparente del pensamiento que la inspira, y la riqueza de referencias con que la ilustra, siempre de análogas fuentes, lo que le permite dilatar el alcance de su comprensión, sin que decaiga en ningún momento la tensión y el tono originarios.

He sido siempre lector asiduo de la Biblia, y comprenderá Ud. en consecuencia que, por ello, apreció doblemente el bíblico sabor de sus escritos, que tanta luz arojan para la comprensión de las parábolas evangélicas. Creo que en el instante actual, no obstante las aparentes desviaciones y la confusión de ideas que existe, nuestro país es el lugar más propicio para que puedan dar fruto, y arraigar, sus altas predicaciones, cuya índole moral me parece inmejorable. Saluda a Ud. con la mayor estimación y cordial aprecio.

Alfredo L. Palacios.

Respuesta del Rvdo. Padre Pbro. Diego de Castro Ortúzar.

Buenos Aires, 31 de julio de 1942.

Sr. Dr. D. Alfredo L. Palacios.

Estimado amigo:

Hubiera querido referirme antes a su grata del 1º de los corrientes, más he tenido que retardar el cumplimiento de este propósito en el deseo de fundamentar una idea que me ha sugerido la lectura de sus oportunísimas observaciones sobre la falta de difusión del Evangelio y la estrecha relación que existe entre la ignorancia de la doctrina de Cristo y los graves defectos de la organización capitalista. Esta ha venido exigiendo la intervención del Estado para el establecimiento de un régimen de mayor justicia social, siendo que, según el plan divino, la justicia debía ser el fruto de la predicación del Evangelio, mediante la reforma del corazón humano, hoy entregado casi por completo al afán de dominación y a la sed de placeres y de riquezas.

Esta reforma debía traer el fin de todos los egoísmos individuales y colectivos, y permitir el establecimiento en la tierra del reino de Dios, que es un reino de justicia, de amor y de paz. El Evangelio es la Buena Nueva de este reino, cuya implantación hizo Jesús depender de la fe en su palabra. El reino de Dios no es otra cosa que la gran familia de los hijos de Dios, los ángeles y bienaventurados en el cielo, y en la tierra las almas rectas, que aman la luz. Al ser interrogado por Pilatos acerca de su realeza, Jesús le contestó: Tú lo has dicho: yo soy rey. Yo para esto nací y vine al mundo: para dar testimonio de la verdad; todo aquel que es amigo de la verdad, escucha mi voz.

Como lo recuerda Ud. en su carta "el que obra mal aborrece la luz" (Juan 3). Es el amor a la verdad lo que produce en el alma la inclinación al bien. Y la verdad es la palabra del Padre, que Jesús predicó. Esta palabra, conservada para nosotros en el Evangelio por la Iglesia, es soberanamente eficaz para abrir las inteligencias a la fe. Sabemos por San Pablo que la fe proviene de escuchar la palabra de Cristo (Romanos 10, 17), oral o escrita. Asimismo el amor nace en el corazón del hombre de la palabra evangélica, a través de la fe, que es el conocimiento sobrenatural de Dios. El amor es vida eterna, y Jesús ha dicho en su oración sacerdotal que "la vida eterna consiste en conocerte a ti (al Eterno Padre), sólo Dios verdadero, y al que tú enviaste, Jesucristo" (Juan 17, 3).

La fe pone al hombre en posesión de una imagen adecuada de su Creador. Esta imagen se refleja por la fe en el espíritu del hombre como en un espejo. Mientras mayor sea la rectitud del que cree, mayor será la pureza del espejo, más acentuado el parecido de esa imagen con el original divino. Y como Dios es todo Amor, el hombre se irá trasformando en la imagen

de la bondad de su Padre celestial. Empezará a amar a los demás hombres con el mismo amor con que los ama Dios.

La gran tragedia de la hora actual es que no se conoce a Dios como El quiere ser conocido, como El se ha dado a conocer por medio de la predicación de Jesucristo y de los Apóstoles, que consta del Evangelio por el testimonio del Espíritu Santo. "El dará testimonio de mí" (*Juan* 15, 26), *había dicho Jesús, anunciando la obra que habría de realizar en la tierra su Divino Espíritu, que lo es también del Padre.*

A su vez los creyentes debían dar testimonio de Cristo, exteriorizando la imagen de Dios que recibiesen en su espíritu junto con la adopción divina, que los hace hermanos unos de otros como hijos de un mismo Padre, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo. "Brille vuestra luz delante de los hombres", había dicho el Maestro, "de modo que viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (*Mat.* 5, 16). *Falta en el mundo esta luz del ejemplo de los buenos cristianos, inseparable de la luz que proyecta la palabra, porque es como la demostración del origen divino de la palabra. Jesús reveló la suma eficacia del apostolado del ejemplo, cuando dijo en la recordada oración: "Que todos sean UNO... (por unión de caridad)*, para que el mundo crea *que tú me enviaste"* (*J.* 17, 21).

La glorificación del Padre es que se le conozca como el Dios Amor que hace misericordia. Lo afirma la Escritura en muchos lugares. "Alabad a Jehová porque es bueno", canta el Salmista, "porque su misericordia dura para siempre" (*Ver entre otros pasajes los Salmos* 117 y 135, *numeración de la Vulgata*). *No se comprende que haya hombres que busquen la gloria de Dios presentándolo como un Juez temible e implacable, y no como un Padre objeto de amor", según los términos del Papa Pío XI que describe este aserto como "la peor de las herejías"* (*Encíclica* Miserentissimus Redemptor).

Con razón atribuye Ud. "el descreímiento y el escepticismo del pueblo" y, como su terrible consecuencia, la disolución moral y social que hoy presenciamos en el mundo, "al ejemplo negativo, que viene generalmente de dirigentes sociales". Y es lamentable que abunden, como Ud. lo observa, "los que se escudan en la palabra evangélica para proceder prácticamente en una forma opuesta a sus principios". Dios los perdonó, y ellos no perdonan. Dios los colmó de beneficios, y ellos se niegan a cumplir la regla esencial del cristiano, que es obrar respecto de los demás, como nosotros quisiésemos que obrasen ellos con nosotros. "Esa es la suma de la Ley y de la doctrina de los Profetas" (*Mt.* 7, 12), *según la enseñanza de Cristo.*

Todos estos males han podido cundir por la falta de conocimiento del verdadero Dios, que es el Amor infinito y misericordioso. Semejante conocimiento es indispensable para la purificación del corazón y su trasformación en la imagen de la bondad del Padre, mediante la efusión de la vida sobrenatural en todo aquel que llega por ese conocimiento, o sea por la fe, a la adopción divina y se hace capaz de devolver al Padre amor por amor en la persona del prójimo.

Ahora bien, el manantial de todas las virtudes es ese amor sobrenatural. Puede ser que alguno llegue sin él a comprender los deberes que lo vinculan a Dios y al prójimo, mas nunca llegará a cumplirlos. La legislación social, por su parte, podrá suplir la deficiencia de buena voluntad que pone en las almas el divino amor, pero los resultados de la coacción ejercitada por el poder público no serán duraderos; porque seguirán subsistiendo los conflictos sociales, que tienen su raíz en la incredulidad o en la incomprensión de que la caridad es la esencia del Cristianismo, así como el motor indispensable de toda justicia.

La más perniciosa forma del orgullo humano es el haber querido el hombre hacerse un Dios a la medida de su limitada inteligencia. Tal ha sido la obra deplorable de los filósofos de todos los tiempos, con raras excepciones. Por eso San Pablo nos pone en guardia contra la filosofía. Videte ne quis vos decipiat per philosophiam! (*Colosenses* 2, 8). *En lugar de ir a buscar la imagen de Dios en Dios mismo, en su revelación luminosa y sapientísima, que se acomoda admirablemente a la incapacidad de nuestra mente para percibir las cosas del espíritu; en lugar de ir a buscar lo que Dios dice de sí mismo, y de escu-*

charlo con ese "afecto de credulidad" que nos comunica su Espíritu, el hombre se detiene en su propia naturaleza y se hace un Dios semejante a ella; le presta su mezquindad de pensamientos, su volubilidad e inconstancia; su sed de emulación y de venganza. Dios es tan poco conocido en la verdad de su revelación, que aun entre las almas que se tienen por cristianas, he podido observar cuántas representaciones diversas se hacen de El. Al tratar, aunque en vano de cumplir los preceptos, las más lo hacen por temor al castigo, y no por amor, lo que muestra que no conocen a Dios como Padre, ni conocen tampoco la donación que nos hizo de su Unigénito como Hostia de reparación y Alimento espiritual, después de dárnoslo como Maestro manso y humilde de corazón.

El alejamiento del Evangelio ha dado lugar a la formación de un ambiente tan pagano, por las nuevas ideas y detestables costumbres entronizadas en la sociedad, que debe tenerse por empresa muy difícil mudar la mentalidad de los dirigentes; pero es de advertir que con el mismo obstáculo se encontró el Divino Fundador del Cristianismo, obstáculo previsto por Dios, puesto que la misión de Jesús, anunciada por los profetas muchos siglos antes de su venida, había sido descrita por el Espíritu Santo como una evangelización de pobres. Para atestiguar su carácter de Mesías, Jesús no apeló a otro argumento que al de sus milagros y al hecho de esa predicación. A los enviados del Bautista que vienen a preguntarle: ¿Eres tú Aquel que había de venir, o hemos de esperar a otro? Jesús los retuvo junto a sí hasta que hubiesen presenciado ambas cosas: los milagros y la predicación del Evangelio a los pobres, y luego los despidió diciéndoles: "Id y declarad a Juan las cosas que véis y oís: los ciegos reciben la vista, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es predicado el Evangelio; y bienaventurado aquel que no se escandalizare de mí!" (Mt. 11, 5).

Por eso tengo la convicción de que el remedio a todos los males actuales sólo puede venir de una reevangelización del Pueblo. Hay que llevar por doquiera la luz de la verdad, hay que hacer escuchar la voz de Cristo. Trascribí antes estas palabras del Maestro: Todo aquel que es amigo de la verdad, escucha mi voz. Las almas que buscan la verdad abrirán sus inteligencias a la fe y sus corazones al amor; suscribirán, con todas sus consecuencias, el mensaje del Evangelio. Dios, por su parte, hará efectivo el cumplimiento de las cláusulas del pacto que le afectan, entre las cuales se halla la ley suprema del orden económico-social: "Buscad el reino del Padre y su justicia, y todo eso *os será dado por añadidura". Antes había dicho a sus discípulos que no habían de afanarse por lo que habían de comer y beber, ni por aquello con que habían de vestirse. "Vuestro Padre celestial", les había dicho, "sabe que habéis menester de* todo eso" (*Mt.* 6, 31-33).

Buscar el reino del Padre es conformar la vida individual, familiar y social al Evangelio, "en el cual se revela una justicia de Dios, que nace de la fe y está destinada a la fe" (*Romanos* 1, 17): *una justicia que hace al hombre justo según el modelo del Justo por excelencia; una justicia que rebasa todo concepto de justicia humana, porque la justicia cristiana no se contenta con dar a otro lo que le corresponde, sino que está siempre pronta a renunciar al propio derecho, si fuere necesario para la conservación de la paz. El que sigue esa justicia, no tiene nada que temer del mañana. "Sus graneros rebosarán de trigo, y sus lagares de vino" (Proverbios* 3, 10).

El mundo pasa por una crisis aguda de la fe, o sea del conocimiento del verdadero Dios y de su Enviado Jesucristo, y por eso hay malestar y miseria, por eso cunde el odio de clases y el de pueblo contra pueblo. La Providencia, entre tanto, permanece dispuesta a hacer cumplir en favor de los hombres la ley suprema del orden económico. Hace falta únicamente que los interesados suscriban el pacto de la Nueva Alianza en la sangre de Cristo. Sus cláusulas por parte de los hombres pueden resumirse en la obligación de la fe y del amor: fe en la Buena Nueva de que Dios nos ama; amor de caridad fraterna, hasta el amor del enemigo.

Hay que divulgar esta Buena Nueva del modo más eficaz y posible, que parece ser el de la radio-telefonía. Hay que divulgarla

a los adultos, para que renazca en ellos el el espíritu de verdadera solidaridad social, base del patriotismo, y la confianza en Dios como Padre, base de toda religiosidad y del más sano optimismo nacional, que no se ha de fundar en los medios humanos, sino en la protección de Dios.

Hay que divulgar la Buena Nueva del reino a la juventud estudiosa, para que se vaya formando en ella una mentalidad distinta de las generaciones que la han precedido, individualistas y combativas. Hay que mostrarle en todo hombre un hermano, y esto no puede hacerse sino por el Evangelio, pues sólo la palabra de Dios puede obrar ese prodigio de hacernos renunciar a la lucha del hombre contra el hombre. Sólo ella puede decirnos: Vence el mal haciendo el bien: Vince in bono malum (Romanos 12, 21) porque sólo ella hace deleitable el cumplimiento de la ley moral. "Estoy corriendo por la senda de tus mandamientos", dice el Salmista, "porque dilataste mi corazón" (Salmo 118, 32, numeración de la Vulgata).

La idea que le someto es muy sencilla. Se trataría de instituir un curso de explicación de la doctrina evangélica en algún establecimiento público de enseñanza, como complemento de la cultura del ciudadano, el cual no puede dejar de tener la legítima aspiración de conocer la personalidad y la doctrina de Jesús, ya que en él se inspiró la fecunda iniciativa de nuestros próceres para la obra de fundación de las naciones de este continente. Dicho curso contribuiría poderosamente a acabar con el funesto prejuicio de que existe un Cristianismo esotérico, reservado para ciertos cerebros privilegiados, y a todos abriría los tesoros de la Divina Sabiduría, que es luz profusa para sabios e ignorantes, y hasta y sobre todo para los pequeños y humildes, ya que Jesús declaró que su Padre se complacía en darles la inteligencia de la palabra evangélica, que estaría encubierta para los que se tuviesen a sí mismos por sabios y prudentes. (Mt. 11, 25).

Un curso como ese debería poder transmitirse semanalmente por micrófono, durante el período de apertura de los establecimientos de educación a los cuales se estimularía para que sintonizasen sus audiciones. Como Ud. lo dice muy bien al recordar las aspiraciones de Echeverría, "sobre el cimiento orgánico de los principios del Evangelio puede elevarse el vasto edificio de la comunidad, que debe estar arraigada en las normas espirituales del Evangelio". No podemos olvidar que "sus postulados morales vivifican la orientación y el sentido de la existencia argentina".

Hace falta una exposición amplia, dictada con los fines antes considerados y que son los que Ud. apunta en su carta como imperativos de la difusión del Evangelio.

Mucho le agradezco los benévolos conceptos que emite en favor de mi libro, así como la valiosa manifestación de aprobación y aliento que significa su carta para la cruzada pro-Evangelio, destinada a reponer la felicidad en el corazón de la muchedumbre.

Reitero a Ud. los sentimientos de mi distinguida consideración y cordial aprecio.

Diego de Castro Ortúzar
Presbítero

"Si el cristianismo ante todo, es una conducta", aleccionar al niño y al adolescente en el dogma y en la moral cristiana equivale a asegurar en lo posible su comportamiento ético de ciudadano. La civilización de Occidente tambalea porque precisamente se ha hallado a merced de hombres que pretendieron soslayar el cristianismo de esa cultura introduciendo un humanismo egocéntrico abiertamente anticristiano. Cuanto los gobiernos legislen en favor de la educación cristiana redundará en bien de la Patria y de la civilización occidental.

Quienes se han esforzado por rodear al niño de laicismo y de ateísmo, han conspirado abiertamente contra la patria y contra la cultura.

El Evangelio, conocido y vivido no constituye tan sólo una ayuda para la vida de los pueblos sino una necesidad ineludible. Un gobierno católico no es lo mismo que un gobierno clerical. Debe el gobierno ser católico cuando la mayoría muy mayor de los ciudadanos profesa el catolicismo. Y quedará a resguardo de toda acusación de sectarismo o de clericalismo mientras quienes rigen la cosa pública y legislan sobre la educación no entreguen las palancas del gobierno a los hombres de la Iglesia por más que se guíen en sus luces, como es de su deber.

Todo esto se desprende con lógica consecución de este intercambio epistolar entre el doctor Alfredo L. Palacios y el Pbro. de Castro Ortúzar.

La Dirección

Doña Lola Reina Maga

Cuento para los niños de sudamérica, por Eugenia Alvarez

Doña Lola era una vieja amiga de la familia Gutiérrez. Doña Lola vivía en una hermosa casa de barrio en compañía de su hija Esther, su yerno y tres nietas. Doña Lola había conseguido granjearse la simpatía y admiración de todos los niños. Doña Lola adoraba a las criaturas, las invitaba a su casa para que jugaran con sus nietas; allí tenían árboles frutales, hamacas, de todo, pero naturalmente que estaba prohibido cortar la fruta y subir a las hamacas. ¡Cómo amaba a la infancia doña Lola!

En cuanto terminaban las clases, doña Lola aparecía en la casa de la familia Gutiérrez. Tenía predilección por la pequeña Elsa. La primera en estremecerse al verla era la niña. "Viene a buscarme" —se decía— y no se equivocaba. Doña Lola con su agradable voz proponía:

—Sara, ¿por qué no me la dejas llevar? Para fin de mes nos iremos al campo; allí se divertirá con las niñas... Verás qué linda y grande te la traigo de vuelta. Elsita, ¿verdad que te gustaría? —la acaricia con ternura pero Elsa calla.

—¿No quieres ir? —le pregunta la madre sorprendida por su silencio.

—Y... bueno —contesta débilmente la pequeña Elsa.

Su madre ocupada en los quehaceres de la casa, no advierte el poco entusiasmo de la niña; a pesar de ello, cuando doña Lola se marcha —después de recomendar que la tenga lista para el día siguiente— le dice:

—No parece que estuvieras muy contenta. Si no deseas ir no tienes por qué hacerlo. Claro que el campo te sentaría bien... Además Lola es muy buena, te quiere mucho... Ya ves que siempre te invita, en cambio nunca se acuerda de Irene.

—¡Ni yo iría con ella! ¡No faltaba más! ¡Hay que ver las vacaciones que pasé a su lado! —protesta con calor la hermana de Elsa.

—Porque tú eres una caprichosa. No obedeces y te portas mal —agrega el padre.

—¡Bah!, por cualquier cosa me castigaba.

—¿Cómo no la castigan a Elsa? —pregunta la mamá.

—¡Esta es una tonta!, prefiere sufrir antes de decirles que a ella también le pegan.

—¿Es cierto eso?

—No papá...

Sin embargo Irene no mentía. Elsa sabe que en la casa de doña Lola la esperan horas amargan, que jamás se ha divertido. Con sólo decirlo a sus padres se libra de ir. Aunque parezca extraño, cuando regresaba con doña Lola, ésta hacía tantos elogios sobre la conducta de la niña, excitando tanto su amor propio, que Elsa soportaba el sufrimiento, por el placer que le proporcionaba más tarde su vanidad halagada... ¡Vaya uno a entender a las criaturas!

—¿Por qué vas si tampoco a ti te gusta? —le pregunta después su hermana Irene.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Tú crees que me engañas? Aunque te portes bien, esa bruja encontrará el modo de castigarte.

—¡Yo no soy como tú! —le responde Elsa fastidiada por su debilidad.

—¡Claro que no!, porque eres una hipócrita. Yo digo lo que siento. Pero me alegro. ¡Ojalá te haga sufrir bastante! ¡Y esta vez te irás antes que vengan los Reyes Magos!...

—Los Reyes no tienen nada que ver con doña Lola.

—¿Crees que irán a su casa? ¡Si es una bruja! Ya sabes lo que dicen las Hermanas de las brujas...

Irene ríe con satisfacción por la cobardía de la pequeña Elsa. Tampoco Elsa está muy segura de que los Reyes Magos vayan a la casa de doña Lola.

A la mañana siguiente muy temprano, doña Lola la va a buscar. Los primeros días no los pasa mal del todo. Desde luego

que se encarga de cuidar a la más chica de las nietas de doña Lola; ¡y por cierto que tiene sus caprichos!.. pero después juega con las otras; corre por la quinta, se encarama a los árboles, hasta que doña Lola la descubre y empieza a los gritos diciendo que echa a perder a sus nietas.

¡Falta una semana para el día de Reyes! La pequeña Elsa tiembla de emoción. Ella necesita a los Reyes Magos, no tanto por sus juguetes como por lo que la incitan a soñar. ¡Los Reyes Magos! ¿No los había guiado una estrella hasta el pesebre de Niño Dios? ¿No le honraron ofreciéndole oro, incienso y mirra?.. Elsa busca esa estrella en el firmamento y está segura de no equivocarse. "Sí, es aquella. Ninguna otra puede ser. ¡Es la más grande, la más luminosa! Aquella que se apaga y se enciende". ¡Les pide tantos juguetes a los Reyes Magos! Si no es posible, aunque sólo fuera una muñeca. "Una muñeca rubia, con traje celeste, que cierre los ojos y diga mamá. Así la quiero. ¡No se olviden Reyes Magos!". Inconscientemente aprieta sus brazos con la sensación de tenerla entre ellos.

—¿Qué estás diciendo? ¿Con quién hablas? —es doña Lola la que interrumpe su sueño.

—Con la estrella de los Reyes Magos —le contesta Elsa con timidez.

Doña Lola ríe convulsivamente.

—¡Cuando yo digo que esta chica es retardada! ¡Está hablando con una estrella! Camina idiota...

Irene tiene razón. "Es una bruja" piensa la pequeña Elsa al ver la expresión de doña Lola. De pronto un alarido la detiene.

—¡Ven aquí!.. ¡Esa chica es una miserable! ¡Miren lo que ha hecho con el perro! ¡Pobrecito!. ¡Elsa, ven acá inmediatamente!

¿Qué ha ocurrido? Elsa lo ignora pero se guarda bien de acudir al imperioso llamado.

—¡Elsaaa!

—Déjela mamá, no creo que haya sido ella —intercede Esther la hija de doña Lola.

—¿Te atreves a defenderla? Nadie más que ella puede ser. Pero ahora verás. ¡Elsaaa! Le voy a dar una paliza... ¡Elsaaa!

Desde su escondite la pequeña Elsa instintivamente se cubre con las manos.

—¡Elsaaa!.. ¿Dónde te has metido? ¿No ves cómo no contesta? ¡Te estoy llamando, Elsa!

"¿Qué habré hecho?" —se pregunta Elsa cuando siente que la levantan en vilo—.

—Escondiéndote, ¿eh? Ven aquí miserable. ¿Conque le has cortado la cola al perro?

—¿Yo!...

—¡No pongas esa cara, ya eres bastante idiota! Ven a ver al pobre animalito.

—¡Yo no he hecho nada!

El primer golpe le cierra la boca.

—¡Cállate!, esto no es más que un anticipo. Vamos a ver tu obra.

La lleva a tirones, arratrándola. La niña protesta con desesperación.

—¡Yo no he sido!

Esther y sus tres hijas están junto al perro que tiembla de dolor. Elsa lo mira horrorizada. El sufrimiento del animal le hace olvidar el suyo; ni ve la sangre que brota de sus labios. La pequeña Elsa se estremece.

—¿Te parece bien lo que has hecho?

—¡Yo no he sido!

—¡Calla!

—¡No he sido yo!

Pero las fuertes manos de doña Lola caen sobre ella. Las otras chicas la miran asustadas. Inútil protestar. Es en vano que grite su inocencia, doña Lola descarga su furia.

—¡Basta mamá, déjela!

—¡Si no te callas tú!

—¡Atrévase conmigo!

Doña Lola y Esther se trenzan en una discusión, por suerte para Elsa porque la olvidan. La niña se acerca al perro. El animalito la mira compasivamente; no la rehuye, muy al contrario, lame las manos de la pequeña Elsa que lo acarieian.

—¡Y hablas con las estrellas! —doña Lola se ha aproximado de nuevo— ¿Y crees que los Reyes te traerán algo?

—Yo no le corté la cola... —dice con suavidad Elsa.

—Vete a acostar. Esta noche ni postre, ni comida. Vete... Ya te arreglará las cuentas el demonio.

¡El demonio! Elsa tiembla al oír su nombre. La ha visitado tantas noches en la casa de doña Lola... ¡El demonio!

—¡No, no!.. ¡Juro que yo no le corté la cola al perro!

—Tienes miedo, ¿eh?..

—¡Por favor doña Lola, le juro que yo no he sido! ¡Esther, no fuí yo! ¡Lo juro, lo juro!..

—¡Enseguida a la cama! No pidas ayuda a nadie. Vete a dormir.

¿A dormir? ¡Pobre Elsa! A velar toda la noche para que el demonio no cometa tamaña injusticia... Pero, ¿quién le cortaría la cola al perro? La pregunta la acosa. "¿Quién se la cortaría? ¿Se la habré cortado yo?" —Empieza a dudar— "Si doña Lola lo asegura... tal vez... Y ¿cuándo lo hice?.. ¿Y por qué se la he cortado?, no sé .. pero tengo que ser yo... Cuando doña Lola lo dice... Claro, tiene razón, nadie más que yo puede ser... ..Pero, ¿cuándo se la corté?, ¿cuándo?... ¿cuándo?..." Da vueltas en la cama esforzándose para no dormirse. El sueño la vence... Después el justo castigo. Siente que la tiran de los cabellos, tanto que medio cuerpo sale del lecho... Cierra los ojos, contiene la respiración, implora a la Virgen... Por fin el demonio se cansa y la deja tranquila. ¿Tranquila?... ¡Aterrorizada! ¡Qué casa deliciosa la de doña Lola! ¡Cómo quiere a los niños!...

Vísperas de Reyes. La pequeña Elsa está inquieta. Ella sabe que no ha hecho nada malo, pero, ¿quién le cortó la cola al perro? Creo que ni aún hoy, después de tantos años, podría responder con exactitud. Lo más probable fué la explicación que a la mañana siguiente de la tragedia le dió la mucama.

—El perro se cortó la cola él mismo.

—¡...! Pero él no puede agarrar una tijera.

—¿Sólo con una tijera se la pudo cortar?

—No sé...

—¡Claro que no!

—¿Cómo hizo entonces?

—Se le cayó algo encima de la cola y se la cortó. El animal anduvo por el cuarto de los baúles. De ahí salió gritando y allí encontró el rabo doña Lola. Ella sabe que tú no eres culpable... Lo que no comprendo es por qué tu mamá te deja venir aquí. Elsa no oye más. Salta de alegría y corre en busca de doña Lola para explicarle cómo el mismo perro se cortó la cola.

—Lo has hecho tú y si continúas negando te daré otra paliza.

—Pero yo no tengo tijeras...

—Lo hiciste con el cuchillo de la cocina.

—Si no lo he tocado nunca...

—¡Calla!

—Es que esta noche vienen los Reyes Magos... Ellos tienen que enterarse de que yo no he sido. Le juro doña Lola que digo la verdad.

—¡Que empiezo de nuevo! — Elsa se escapa. Doña Lola le grita: —¡No esperes nada de los Reyes!

"¡Oh, ellos me traerán una muñeca!" Elsa está segura. Pero, ¿y la cola del perro?

Maruja, la mayor de las nietas de doña Lola le pregunta:

—¿Te quería pegar otra vez abuelita?

—Falta poco para que lleguen los Reyes — contesta abstraída Elsa.

—¿Tú le cortaste la cola?

—Que yo me acuerde no...

—¿Sabes?, mamá dijo que tú eres un poco tonta.

—Mi hermana Irene piensa lo mismo... ¡Sí al menos los Reyes me trajeran una muñeca! Si fuera rubia y cerrara los ojos y dijera mamá...

—Yo les he pedido una más linda, y un auto y un juego de té.

—¡No pueden traerte tantos juguetes! Mamita dice que hay muchos niños y que tienen que llevarles a todos...

—¡Bah, yo tendré lo que les he pedido!

—¡Si al menos a mí me trajeran la muñeca!

—¡Eres tan tonta! — le responde Maruja con aire de suficiencia.

—¿Qué haces ahí?

—Nada doña Lola... Le estaba contando a Maruja que yo le pedí una muñeca a los Reyes Magos...

—Camina estúpida...

Pero la voz de doña Lola no es tan grave ni severa. Se diría que casi está contenta... Sí, doña Lola también cree que le traerán la muñeca.

Las otras chicas están en la sala con Esther, quien les dice:

—Tienen que obedecer y portarse muy

Solidaridad

Director: Dr. Enrique Benítez de Aldama

Calle SARMIENTO 412 - Piso 1º
Buenos Aires

Teléfono 71 - 8090

ARZOBISPADO
DE
BUENOS AIRES

Bs. Aires, 1º de octubre de 1943

Director de la Revista SOLIDARIDAD.
Dr. Enrique Benítez de Aldama.

De mi consideración:

Tengo el agrado de dirigirme a Vd. en contestación a su atenta nota del 30 del cte., para comunicarle que S. Excia. Mons. Rocca otorga la licencia requerida para publicar la revista mensual SOLIDARIDAD de carácter católico.

Al mismo tiempo se ha dignado nombrar Censor Eclesiástico de la misma al R. P Ismael Quiles, S. J.

Saluda a Vd. atentamente,

MARIANO NUÑEZ MENDOZA
Secretario-Canciller

bien... Vayan a dormir que dentro de unas horas llegarán los Reyes y a ellos no les agrada que los vean.

Doña Lola, Maruja y Elsa se aproximan.

—Esther, ¿crees que me traerán una muñeca?

—No te preocupes y vete a la cama.

—¡Cómo me gustaría ver a los Reyes!.. ¿Vienen por las nubes?

—¡Qué chica idiota!

—Déjela mamá. Sí Elsa, vienen por las nubes en grandes bicicletas.

—¿En bicicletas! Yo creí que vendrían en camellos...

Doña Lola ríe de muy buen humor.

—No, en bicicletas... ¿No oyes las campanillas?

—¿Las campanillas?...

—Sí, ¿no las oyes? ¿No oyes el tintineo a lo lejos?

—Sí... — y los ojos de Elsa se agrandan de júbilo. —¡Oigo las campanillas Esther! ¡Las oigo!...

—¡Qué niña más tonta, siete años y oye las campanillas!

—¡Las oigo doña Lola! ¡Las oigo!..

—Bueno, ahora todas a dormir. Mañana tendrás tu muñeca si los Reyes creen que no has hecho algo malo — le dice Esther acariciándola.

¿Por qué ríe tanto doña Lola?

Elsa se acuesta. Tarda mucho en dormirse. Las campanillas resuenan en sus oídos... Luego ve cómo los Reyes dejan los juguetes en los pequeños zapatos... Irene se equivocaba, los Reyes también visitan la casa de doña Lola, no es una bruja... Y además ve, sí, ve una preciosa muñeca rubia, con traje celeste, que cierra los ojos y dice mamá... Pero en su sueño, también ríe doña Lola.

Brilla el sol. El primer pensamiento de Elsa es la muñeca de los Reyes Magos. Corre al patio. Hay muchos juguetes, pero ninguno en sus zapatos... Sí, un paquete chico, muy chico... Lo abre ansiosa. En el paquetito encuentra la cola del perro... Sus manos están sucias. La pequeña Elsa llora desesperada. Doña Lola ríe; su risa le hace daño y se esconde para no oírla.

La tarde de ese mismo día llegan inesperadamente la mamá de Elsa y su hermana Irene. La mamá se sorprende cuando ve que Elsa apenas puede sostener en sus brazos a la más pequeña de las hijas de Esther.

—¿Qué haces con esa criatura? Tú no tienes fuerzas para levantarla.

Pero Elsa sólo ve a Irene, ella tiene una hermosa muñeca.

—¡Los Reyes se olvidaron de mí! Y me he portado bien mamá. Yo no le corté la cola al perro...

—¿Se olvidaron?

Aparece doña Lola y después de saludar cariñosamente explica:

—Ya es grande para esas cosas...

—¿Grande? — Sara se vuelve con disgusto. —Y Maruja, ¿no tiene su misma edad?

—¡Oh, a Maruja no la han olvidado! Le han puesto todo lo que les pidió.

Doña Lola está visiblemente turbada.

—Debes comprender... Los tiempos no son muy buenos.

—¡Por qué poco quieres quitarle la ilusión a la criatura! Comprendo, sí, ahora comprendo muchas cosas... No te aflijas mi tesoro, los Reyes no te han olvidado. Jamás cometerían esa injusticia. En casa tienes una muñeca igual a la de Irene. Su hermana ya le ha entregado la suya que Elsa estruja entre sus brazos...

—Ya te dije que es una bruja — murmura Irene al oído de la pequeña Elsa.

Doña Lola intenta excusarse. Interviene Esther, pero Sara no admite disculpas.

—Elsa, rápido a vestirte. Vamos a casa. Por lo visto aquí eres la niñera.

Las dos hermanas se alejan con las otras chicas. Luego se oye discutir a doña Lola. Elsa presiente que tendrá la felicidad de no verla más, pero nada le importa. Los Reyes no la han olvidado, ellos saben que no le cortó la cola al perro... Y en su casa la espera una muñeca rubia, con traje celeste, que cierra los ojos y dice mamá...

FIN

Resumen de un Año de Teatro y Cine

Ha terminado la temporada de 1943 y justo es decir que sus resultados artísticos están lejos de ser satisfactorios. Económicamente, el público ha respondido en una forma insospechada. Teatros donde las telarañas se extendían de butaca en butaca, se han visto colmados. Películas regulares han producido cifras astronómicas. En síntesis: hay público y hay dinero. Lo que no hay, son obras.

Comencemos con el teatro. Con la excepción de la compañía de Eva Franco y el Teatro del Pueblo, todas las temporadas han sido de regulares para abajo. Y, desde luego, no podemos silenciar el hecho de que la sala nacional que es la del ex-Cervantes, ocupe un lugar muy poco satisfactorio en el balance.

Cuando se fundó el Teatro Nacional de Comedia, supusimos más o menos fundadamente que sus espectáculos iban a ser un oasis donde podríamos refugiarnos de la mediocridad y la chabacanería reinante en los escenarios. Pero a varios años de aquel acontecimiento, vemos que ha fracasado. Un local en el que deberían darse todas las oportunidades posibles a los ascritores jóvenes, ha sido patrimonio de autores arcaicos y que no han producido obras de verdadero valer. Este año se repuso "Un hombre de mundo" que no vale gran cosa, se dió "La Salamanca" de Ricardo Rojas que si bien tiene valores muy positivos no alcanza a ser una obra representativa dentro del teatro nacional y se estrenó "La noche tiene fin", a la que unánimemente se ha calificado de mala e inmoral.

Eva Franco inició su temporada con "El carnaval del diablo", meritorio melodrama de Juan Oscar Ponferreda, que con un poco más de práctica puede llegar o ocupar un puesto de avanzada dentro del teatro argentino con algo más de técnica y algo más de inspiración ajena. Más tarde presentó "Nuestro pueblo", que ha sido de las mejores obras del año. Thornton Wilder, su autor, es un comediógrafo excelente que vé la vida desde un cristal muy sencillo y optimista.

Sandrini en el National representó a teatro lleno "El diablo andaba en los choclos", comedia de escasísimos valores que revela el gusto atrofiado de cierto público.

El maestro Canaro también hizo una temporada muy buena en el Presidente Alvear con "Buenos Aires de ayer y hoy", comedia musical con varios tangos, candombes, milongas y marchas como pretexto para una trama muy pobre.

Vilches dió a conocer una sola obra en un mes de actuación en el Comedia. Fué "Yo soy el camino", magnífica comedia simbólica de Jerome K. Jerome que hecha con artistas secundarios constituyó uno de los sucesos artísticos del año.

El Argentino fué ocupado por García León y Nélida Quiroga que repitieron su repertorio español ligero con éxito diverso. A dos cuadras, Díaz-Collado tuvieron mucho público con "Vacaciones", dedicándose luego a obras igualmente mediocres.

En el Cómico, Paco Busto tuvo uno de sus grandes fracasos. Inició su actuación con un bodrio musical y las demás obras fueron igualmente malas aunque sin ruido. Buen actor, podría buscar quien le escribiera obras de categoría.

María Guerrero ocupó el Avenida en la única temporada de comedia española seria que tuvo mucha suerte con las reposiciones y muy poca con los estrenos porque el público abrió los ojos y no se dejó engañar.

Lola Membrives fué la encargada de terminar el año del Cómico representando obras de Benavente (todas las cuales fueron "la última") dentro de su excelencia interpretativa, aunque no tan bien secundada como debiera haber estado.

En el Odeón, Paulina Singerman mostró cómo no se debe trabajar y Arata en el Smart no tuvo obras buenas como para poder mostrar sus excelentes dotes. El Maipo y el Buenos Aires y el Casino se dedicaron a revistas y en el Astral hubo una temporada a base de Enrique Serrano y Gloria Guzmán que nada positivo produjo, artísticamente hablando.

Un grupo de aficionados ingleses representó "Murder in the Cathedral" con gran éxito de público y crítica. Fué este el acontecimiento teatral del año.

Los teatros de barrio dieron sainetes hórridos y los teatros experimentales se dedicaron a exhumar obras excelentes. Hoy día, sólo ellos mantienen en alto la bandera del arte.

Moralmente hablando, la temporada tampoco deja saldo positivo, con excepción de "Yo soy el camino", "Murder in the Cathedral" y "Nuestro Pueblo".

En cuanto al cine, la producción ha sido pésima. Si sacamos "La comedia humana", "Tres hombres del río" y algunas otras películas argentinas y muy pocas norteamericanas, todo se ha desenvuelto dentro de un clima de propaganda bélica asfixiante por momentos. Hollywood no tiene talento y si bien cuenta ahora con directores y argumentistas extranjeros que podrían remediar eso, están muy reprimidos por culpa del mal gusto general. El cine argentino ha efectuado algunas adaptaciones de obras más o menos famosas con suerte diversa. Casa de muñecas, por ejemplo, estuvo muy bien hecha y Delia Garcés se reveló como actriz de excelentes dotes. Lástima que las obras que fueron a elegir no hayan sido de lo mejor.

En fin, el año no ha sido bueno y no hay ninguna razón para suponer que el próximo sea mejor. En Teatro, piensan hacerse nada más que traducciones y en Cine no se ha anunciado una sola película que haga tener esperanzas.

Por lo que nuestra antigua tesis que "hay que mantenerse lo más lejos posible de las salas de espectáculo" viene a recibir un gran apoyo.

Vagabond Jim

Los pobres en la solidaridad cristiana

EL pobre es la imagen de Cristo en la tierra.

El pobre será el testimonio de Cristo en el juicio de las naciones.

He aquí el lugar del pobre en la economía del reino de Cristo.

Hay muchos que luchan contra la injusticia social, odiando y despreciando a la pobreza. Cristo empero luchó contra la injusticia de este mundo coronando a la pobreza en su propia carne.

He aquí la diferencia.

Cristo ama a todos: a los pobres con predilección; "Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de los cielos"; a los ricos con preocupación: "Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos".

Claro está, Cristo habla de los ricos que tienen fijo su Corazón en la riqueza, y los bienaventurados son los verdaderos pobres, los sin apego. Pero los bienaventurados son verdaderamente bienaventurados, no por lástima sino por predilección y el ojo de una aguja es verdaderamente el ojo de una aguja, y no una puerta por más estrecha que sea, de la Jerusalén celestial. Con este, "ojo de una aguja", Cristo ha escrito "peligro de muerte" en todas las cajas de fierro, con mucho más sentido que la municipalidad en los postes de los conmutadores eléctricos.

"Y sucedió que estando allí, llegó a María la hora de su alumbramiento y dió a luz a su hijo primogénito, y envolvióle en pañales y recostóle en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada".

Naciendo así, Cristo anuncia la pobreza y enseña extremo desapego.

Los pastores, los primeros que recibieron en la tierra la noticia de la venida del Hijo de Dios, eran pobres como el changador más humilde de nuestras ciudades.

Y los Angeles les dieron una señal con qué reconocer a Cristo: "Sírvaos de señal, que hallaréis al niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre".

"Sírvaos de señal": "pañales y pesebre". ¿Por qué? Porque los pobres recibieran la dulce y delicada tarea de llevar esta señal por los siglos, para que los ricos reconozcan a Cristo y le amen con gratitud.

He aquí el lugar del pobre en la solidaridad cristiana.

El espíritu de desapego con que coronamos a la pobreza enseñándola a todos, es una condición *absoluta* para el reinado de Cristo; en éste está *la única solución* de la cuestión social.

"Rerum novarum" y "quadragessimo anno" presuponen la penetración de este espíritu evangélico, que corona a la pobreza por causa de Cristo en la práctica de la caridad. Por esto dice León XIII que no hay solución a la cuestión social, sino por una gran efusión de caridad en el mundo sin la cual toda ley social queda letra muerta.

Hubo y hay muchos que han andado y andan predicando las razones humanas de la justicia social, con la ilusión de que ésta es la enseñanza evangélica. Dan mucho valor al esfuerzo humano.

Dicen que de un cierto bienestar humano depende la realización del reino de Cristo en el mundo, como si fuera el reino de Cristo la añadidura del reino de la justicia humana.

Predican a los patrones la justicia social amenazándoles con el peligro de la revolución, y se rebelan con los obreros contra la injusticia y la explotación creyendo así conquistarlos para Cristo.

Pero el Evangelio nos enseña que toda injusticia es obra del pecado y de la muerte y sólo la gracia de Dios por Jesucristo Nuestro Señor puede librarnos, y jamás los miserables motivos humanos que cada día repiten tantos soñadores de la justicia social.

La sociología del Evangelio no se contenta con fórmulas humanas, con la técnica del paganismo romano: "dar a cada uno

lo suyo", sino que establece claramente otra posición:

"Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

Cristo sabía muy bien que mientras un hombre no sepa amar a su prójimo porque Cristo le amó a él, jamás será capaz de dar a cada uno lo suyo; y aunque lo diera no valdría nada Cristianamente. "Cuando yo distribuyese todos mis bienes para sustento de los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si la caridad me falta, todo lo dicho no me sirve de nada", dice San Pablo. La sociología del Evangelio corona a la pobreza y enfrenta la injusticia de este mundo con la ley de la caridad sobrenatural, enseñándonos como tenemos que explotar el egoísmo humano con altruísmo divino. La sociología del Evangelio se sintetiza en: "Buscad primero el reino de Dios, amándoos los unos a los otros como Cristo os ha amado... y todo lo demás inclusive la paz social, os será dado por añadidura".

Todos los ricos y pobres, humildes y poderosos, somos llamados para recibir en el abismo de nuestra miseria, el océano de la misericordia divina, para enriquecernos con este capital celestial, negociando con astucia santa; es decir: explotando la injusticia misma de este siglo para la manifestación de la misericordia divina, dando así gloria al Padre; "Sed misericordiosos como vuestro Padre Celestial es misericordioso", dice Cristo.

¿Cómo? "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen.

Bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. A quien te hiriera en una mejilla, preséntale también la otra, y a quien te quitara la capa, no le impidas que te lleve aún la túnica".

¿Por qué? Porque Dios ha manifestado la misma misericordia para con nosotros. Cuando aún éramos sus enemigos, Dios nos amó, entregando su Hijo muy amado para que El con su muerte en la Cruz pagase por nuestros pecados.

¿Por qué? Porque: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores".

¿Para que triunfen siempre los malhechores? A esto contesto con San Pablo: "No os venguéis vosotros mismos, sino dad lugar a la cólera de Dios; pues escrito está: A mí toca la venganza; yo haré justicia dice el Señor. Antes bien, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber, que con hacer eso, amontanarás ascuas encendidas sobre su cabeza. No te dejes vencer del mal, mas procura vencer el mal con el bien" (Rom. 12, 19).

No hay que darle vueltas... El mundo va mal, y los malhechores triunfan porque no usamos la misma medida de misericordia sin medida, con que Dios nos ha medido a nosotros... No practicamos el Evangelio, y no lo practicamos porque no lo conocemos.

Tenemos una responsabilidad tremenda frente a los pobres y humildes por no haberles enseñado la bienaventuranza de su pobreza.

"Habrá siempre pobres entre vosotros"; es preciso tener pobres entre nosotros, porque es preciso que haya bienaventurados que llevan la señal de Cristo por los siglos, para que le reconozcamos y amemos.

La pobreza no es una especie de maldición, de enfermedad afrentosa. Los pobres son nuestros bienaventurados y nuestra bendición. El cáncer de este mundo capitalista no está en la pobreza o en los pobres, que hay en el mundo, sino en el *desprecio* que hay para ambos.

Una obra como la Sociedad de San Vicente de Paúl por ejemplo, no es la gloria de la Iglesia, sino la confesión de la negligencia de los cristianos en la realización del Evangelio, que hizo necesaria su erección. Todos tenemos que ser Vicentinos.

Servir a los pobres no es un privilegio en el reino de Cristo, sino una "condición absoluta" para la entrada en este reino.

El evangelio nos enseña a servir a los pobres con gratitud y humildad, porque en el pobre se presenta Cristo a nosotros en la forma más auténtica. El rico que sirve al pobre, tiene que estar más agradecido, que el pobre que bendiciendo tiene que recibir su beneficio. Eso sí que es el orden Cristiano: Honrar a la pobreza, como señal de Cristo, ayudando al pobre con verdadero amor. Con "verdadero amor" y no con una compasión equivocada, con una especie de lástima.

El verdadero pobre, el que conoce el mis-

terio de su bienaventuranza no da lástima, sino una envidia santa. Por él, la señal de Cristo brilla en este mundo con eterna enseñanza.

Solo el pobre, que en sus afanes de este siglo, tiene fijo su corazón en las riquezas y lleva la señal de Cristo, como una mentira, aborreciendo su pobreza, solo a este pobre hay que tener lástima, porque la palabra de Dios dice que: "es abominable en los ojos de Jahwe el pobre orgulloso", y esto se hace tan desgraciado como el rico que en su apego a la riqueza no reconoce jamás a Cristo, que se presenta en su señal. Ambos representan al camello que no pasa jamás por el ojo de la aguja.

Por no conocer y practicar el Evangelio, hay una multitud de estos pobres y ricos desgraciados, aun entre los que se llaman Cristianos.

Exactamente por esto la injusticia se levanta al cielo, muy por arriba de los Andes.

Enseñemos pues la pobreza y coronémosla, sirviendo con gratitud a los pobres por causa de Cristo. Sólo así ponemos las bases de la justicia. Otro camino no hay.

Enseñémosla a los ricos y poderosos con amor preocupado.

Porque no es la insurrección y la revolución que les amenaza tanto, sino la muerte eterna y el eterno suplicio. Pues es infinitamente más terrible caer en las manos del Dios vivo, por haber rechazado su misericordia, rehusando servir a Cristo, que se presenta en los pobres, que caer en las manos de la venganza humana.

Enseñémosla a los pobres y pequeños, para que —padeciendo la injusticia de este mundo— conozcan su bienaventuranza y sean nuestra bendición. Enseñémosles amar a sus enemigos, hacer bien a los que les aborrecen, bendecir a los que les explotan, persiguen y maldicen, —para que— enriqueciéndose así, llenen el abismo de la miseria de este mundo con el océano de la misericordia divina.

Sí, evangelizar a los pequeños y humildes, para que se hagan en y por y con Cristo canales de misericordia divina, que lavan al mundo de su inmundicia tremenda.

Enseñar a los pobres el misterio de la Cruz, para que padezcan el martirio de la injusticia con la misma mansedumbre que el Cordero inmolado, pidiendo perdón para "los que no saben lo que hacen", derramando así la misericordia divina sobre la faz de la tierra.

Es ésta la sociología de nuestro Maestro, que tenemos que enseñar con la palabra y el ejemplo. Brille así vuestra luz ante los hombres de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen, no a vosotros, sino a vuestro Padre que está en los cielos.

El pobre representa a Cristo y lleva la señal de Cristo por los siglos; y ay de aquellos que despreciando esta señal con que Cristo se presenta, explotan y persiguen a sus pequeños predilectos. Porque el pobre será el testimonio de Jesucristo en el juicio de las naciones; así Cristo nos lo tiene anunciado:

"Cuando venga pues el Hijo del Hombre, con toda su majestad — y hará comparecer delante de El a todas las naciones. Entonces el Rey dirá a los que estarán a su derecha: "Venid benditos de mi Padre a tomar posesión del reino, que os está preparado... porque yo tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me hospedasteis; desnudo y me cubristeis; enfermo y mi visitasteis; encarcelado y venía a verme; porque... en verdad, siempre que lo hicisteis con alguno de mis pequeños, conmigo lo hicisteis".

Al mismo tiempo dirá a los que estarán a su izquierda: "Apartaos de mí malditos, al fuego eterno que fué destinado para el diablo y sus Angeles" porque en verdad siempre que dejasteis de asistir al hambriento, o sediento o peregrino, o desnudo, o enfermo, o encarcelado, dejasteis de asistir a mí que me presenté en mis más pequeños.

—He aquí la confirmación extrema y solemne del lugar del pobre en el orden de Cristo. No hay duda alguna.

Antonio van Rixtel, S. C. J.

La esperanza no engaña

NO sólo la nación elegida vió realizadas sus esperanzas con la llegada del Mesías, sino también muchos de los gentiles que sedientos de verdad y justicia creían y esperaban la venida de un Ser Supremo que habría de salvar a la humanidad desviada y corrompida. Los Reyes Magos, entre otros, vieron en oriente una nueva estrella con la seguridad y esperanza de que ella anunciaba el nacimiento del Gran Rey. La siguieron y llegando a la gruta de Belén entraron y "hallaron al Niño con María su Madre y postrándose le adoraron; y abiertos sus cofres le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra (Mat. II, 11)".

El Divino Redentor se manifestó a los gentiles a fin de que todos fuesen iluminados y redimidos y para que no fuera vana la esperanza que depositarían en El todos los pueblos.

•

Es natural en el hombre que busque un apoyo sólido para su vida. Pero no lo encontrará en sus fuerzas personales que tantas veces le fallan ni en el mundo tan inestable cuanto corruptible. Para asegurar la base firme de su existencia, no le queda otro camino sino Dios. La esperanza en Dios es fuente de energías para la vida completa, grande y segura. Cuanto más nos engaña y desilusiona el mundo tanto más debemos confiar en Dios. Confiar en el Señor, como dice el libro de los Proverbios "con todo tu corazón y no te apoyes en tu prudencia. En todas tus empresas tenle presente y El sea quien dirija todos tus pasos. (Prov. III, 5)".

En medio de las desgracias y tribulaciones estaremos tranquilos y alegres y no tendremos temor de afrontar la vida por más dura y llena de peligros que ella sea, porque la esperanza en el Todopoderoso transforma al hombre.

•

Vivir con esperanza cristiana es abandonarse a la bondad infinita de Dios. ¿Quién mejor que nuestro Padre celestial para cuidarse de nosotros? ¿Quién puede comprender nuestras miserias con más corazón? Y ese Dios en quien debemos confiar totalmente es Dios de amor. "Si siendo enemigos fuimos reconciliados por la muerte de su hijo, con mayor razón, estando ya reconciliados seremos salvos por su vida (Rom. V, 10)".

Nuestra esperanza no es ciega porque brota de la luz divina y no es otra cosa sino la expresión de la fe y del amor a Dios todopoderoso y misericordioso. "La esperanza no engaña, porque la caridad de Dios ha sido infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rom. V, 5)".

•

Pero saber esperar sobre todo en las horas de sufrimiento y de martirio es acto de fe suprema en Cristo, Rey del mundo.

En un diario publicado bajo cuerda en un país ocupado, llegado a nuestras manos desde un pueblo que ha conocido los horrores de la guerra y que sufriera antes que ningún otro y más que ningún otro, los tormentos indescriptibles de crueldad espantosa; leemos lo que sigue: "En nuestro martirio, hemos pasado por diversos períodos. Primero pedíamos al Señor su misericordia, después le rogábamos castigase a los criminales perseguidores, ahora sólo pronunciamos una oración: Fiat voluntas tua". *Y bien, esta oración no es signo de resignación humillante ni de desesperación, es la expresión de una esperanza sin límites en Dios. Nuestro Padre, Amor infinito, Justicia eterna. El ha dicho: "Ya que ha esperado en mí, yo le libraré; yo lo protegeré desde que ha conocido o adorado mi nombre. Clamará a Mí y le oiré benigno. Con él estoy en la tribulación, pondrelo en salvo y le llenaré de gloria".*



Los Estadistas y dirigentes discuten y elaboran planes de guerra y de postguerra, para librar a pueblos del trágico atolladero en que se encuentran. Este empeño sólo podrá tener éxito si se funda en la Ley inmutable del Supremo Hacedor. Pues como dice Bossuet: "un conseil eternel et inmuable se cache parmis touts ces evenemens que le temps semble deployer avec une si prodiguieuse incertitude... un sublime politique regit le monde". Es lo cierto que tanto los hombres de buena voluntad cuanto los mal intencionados, lo mismo las horas de dicha que las de tribulación, los desastres de la guerra y los bienes de la paz; y hasta Satanás mismo; todos están bajo el imperio del Rey de los reyes. Por consiguiente, las naciones que padecen esta guerra exterminadora y la más horrible de todas, no perecerán si confían en Dios y en El depositan su esperanza. Todo pueblo que confíe en Dios le cabe la seguridad de su esperanza:

In te Domine speravi, non confundar in aeternum.

Juan Oficjalski

El caso de la calle Victoria y yo

(dedicado al director de "Solidaridad")

FUI llamado por un amigo del enfermo a aquel caserón viejo de la calle Victoria, cerca de Chacabuco, para tratar un individuo muy debilitado que por esa causa, ya no abandonaba el lecho.

Habitaba, con su esposa, una pieza en los altos de un conventillo. No tenían hijos, ni perros que les ladraran. Un biombo hecho con una cretona que colgaba de un alambre, dividía la pieza en dos partes. La primera era comedor y taller de planchado. Se planchaba sobre la mesa del comedor, de modo que cuando hacía de taller no podía ser comedor y viceversa, y cuando hacía de comedor sólo comía en él la planchadora, la esposa del paciente, y que era quien paraba la olla con su trabajo, ya que aquel hacía unos cinco años que había renunciado al empleo. Tras el biombo, en una especie de camastro, estaba acostado el sujeto en cuestión. Flaco, esmirriado, con la mirada perdida en el espacio, me recibió con modales de aristócrata español en ruina, que de esa nacionalidad eran ambos. Me invitó a sentarme cerca de él, en un sillón desvencijado. Del otro lado de la cama, muy próximo a ella y adosado a la pared. había un estante-biblioteca lleno de mamotretos viejos y sucios folletos. En el estante más alto, un globo terráqueo giratorio de unos diez centímetros de diámetro, con todo el mundo medio borrado a fuerza de pasarle las manos y los dedos grasientos. Una lámpara eléctrica colgando de la cabecera de la cama, indicaba que ahí se elucubraba algo.

—Necesito, doctor, —me dijo el paciente — que me levante usted lo antes posible. Que me saque de esta cama. Trabajo mucho, leo mucho, escribo mucho. Todo eso —y me mostró un legajo enorme de papeles sucios— es el resultado de mis estudios. No tengo tiempo para comer ni para dormir. Por otra parte, ya he perdido el apetito y de noche, a cualquier hora, me despierto porque me trabaja la cabeza una idea, enciendo la luz, consulto mis libros y escribo las deducciones, fruto de mis desvelos. Doctor, necesito que usted me dé fuerzas y reposo, de lo contrario no podré terminar la magna obra en que estoy empeñado.

—Pero, ¿qué obra es esa que tanto le desvela? — le pregunté.

—Una obra de paz y de solidaridad mundial — me respondió, mirando siempre al infinito.

La pobre esposa, de pie, lo observaba con orgullo y admiración.

—Es una obra en la que estoy empeñado hace más de cinco años y que ahora toca a su fin, en el momento que flaquean mis fuerzas. Doctor, ayúdeme y la humanidad le deberá ese favor.

—Bien, —le dije— pero necesito que usted me revele algo de esa obra genial, para que pueda ayudarlo.

—No tengo inconveniente, pues desde hoy lo designo mi salvador y mi colaborador.

Y se explayó.

—No me negará usted que de continuar las cosas como andan, vamos a otra guerra mundial peor que la anterior. Es necesario que los hombres de buena voluntad, amantes de la paz, aunemos nuestras fuerzas en pro de la paz universal. Aquí me tiene a mí, que era alto empleado del Banco de Galicia —el dato me fué confirmado por la esposa—, abandoné el puesto que me reportaba un elevado sueldo y me he resignado con lo que gana mi mujer, como planchadora, renunciando a todas las comodidades, para dedicarme al estudio de estos problemas. Esa es mi biblioteca, de un valor inapreciable, esos mis estudios próximos a terminarlos. No encontrará ahí la opinión de ningún estadista-político. Estos no buscan de evitar el desgarramiento de la humanidad, sino que se dedican a preparar nuevos desgarros, nuevas guerras. Ahí está el estudio del cosmos, en cuya inapreciable inmensidad en-

---

(*) Rigurosamente histórico. Ocurrido en 1933. (De un libro que se piensa talvez publicar y que podrá titularse "Recuerdos de un médico". por el Conde Risorio de San Torino).

contramos la fuente de energía de vida. de paz. Pero necesito reposo y fuerzas, porque presiento que sin ellas no podré terminarlos. Estoy muy débil, doctor. La parte final de mi trabajo requiere mucho dinamismo. He redactado una tarjeta-invitación a todos los simpatizantes de la idea en el mundo, naturalmente los que más descuellan, invitándolos a un banquete que habrá de celebrarse en esta capital y en el que se echarán las bases de un organismo pro-paz mundial. Pero necesito recolectar fondos, recorrer imprentas, visitar hoteles y hacer presupuestos. Detalles, en fin, pero que requieren que yo pueda salir de esta cama.

—De acuerdo, —le manifesté— pero me imagino que será muy difícil reunir, en esta capital, muchos elementos descollantes que simpaticen con su idea, que seguramente los habrá en gran número. Se me ocurre que de Rusia o de China vendrán muy pocos o ninguno y que, por otra parte, no habría hotel donde se pudiera hacer tal banquete.

—Eso no interesa —me replicó—. El número es lo de menos. Eso es lo que buscan los estadistas-políticos. Yo, en cambio, acostumbrado a estudiar lo infinito del cosmos, comprendo que eso no se puede llevar al comedor de un hotel. Lo importante es que en el momento en que yo pronuncie mi discurso, a una hora que será prefijada y anunciada oportunamente, trasmitiré por las ondas hertzianas la palabra PAZ, solamente esa palabra, que recorrerá los ámbitos del universo y será oída con unción por todos los que piensen como yo. Eso establecerá el lazo de unión definitiva que hará la idea de PAZ imperecedera, y así la impondremos a todos los hombres del mundo. Desde ese momento no habrá más guerras, pero ayúdeme, doctor, deme fuerzas y descanso para concluir mi obra.

Terminó agotado. después de haber pasado por un estado de excitación vehemente. Me limité a recetarle un sedante para sistema nervioso y al retirarme —ya ni fuerzas tenía el pobre diablo para despedirme— la señora, orgullosa de tal marido, me acompañó hasta la puerta de calle y me rogó.

—Ayúdelo, doctor, para que pueda terminar esa obra genial, que yo ya he sacrificado todo por él. ¿Cree usted que descansará y se repondrá? ¿Verdad que es maravillosa su idea? ¿No es de temer que se vuelva loco por tanto estudio?

—Señora —le respondí—, depende del lado que se mire. Usted podrá verlo genial, pero, para mí le aseguro, que su último temor se ha cumplido, que su esposo tiene las facultades mentales alteradas. Le aconsejo que consulte un psiquiatra, que estará más autorizado para opinar sobre el estado de su marido.

Tuve el exacto tiempo de saltar a la vereda para resguardar mi integridad física, porque ví a la admirable esposa capaz de hacerme pagar muy cara la osadía de haber afirmado que aquel genio, que le había tocado en suerte por esposo, pudiera estar loco.

Y ya en plena calle me gritó, para despedirme.

—Bien se vé que es muy cierto aquello de que no están todos los que son... ¡Ande usted, médico loco!

Conde Risorio de San Torino

Un amigo escribió una vez a Mark Twain diciéndole que se sentía muy mal de salud. La carta terminaba: "¿Hay algo peor que tener dolor de muelas y de oídos al mismo tiempo?"

La respuesta fué: "Sí, reumatismo y Baile de San Vito".

Los cuatro grandes en el arreglo del Mundo



las nueve de la mañana el sol bañaba de luz al Palacio Estaduai (*). Aristóteles, desde largo rato, trabajaba en su despacho. Aníbal llegó a las diez y poco más tarde Marco Tulio Cicerón. Pasadas las doce y cuando los otros tres Delegados se disponían a retirarse, se presentó Juan Pérez todavía con sueño manifestando como saludo y disculpa que acaba de vajar del avión de regreso de una misión oficial.

Es evidente que los altos empleados —continúa exponiendo el Secretario General del Círculo Tetrárquico (Nota del Traductor)— no deben someterse al horario de verano: "de 7 y media a trece, puesto que sobre ellos pesan graves responsabilidades. Por otra parte, empleados con sueldos superiores a 700 ó 1000 pesos, jamás compensarían con tan mínima retribución los pesos enormes de sus responsabilidades. Sería injusto, además, olvidar que estas gentes, aunque viajen en avión o en lujosos coches, con pasajes oficiales y viático; exponen vidas insustituíbles. Los 900 pasajeros que llenan diriamente el tren Serrano, de Buenos Aires a Córdoba y los miles de turistas que en todos los caminos de la república se estrechan en Omnibus ¿qué importa se queden a mitad de camino o choquen o se asfixien? ¿Quién les obliga a viajes de placer? ¿Y por qué eligen automóviles y colectivos destartalados y viejos como por ejemplo los que van de Córdoba a Tulumba? Y últimamente aunque se mueran estas gentes ¿qué se pierde? Total, el problema de vivir o no vivir es relativo...

Bien, para no disgregar —continúa el Secretario General— los Delegados conversaron un rato y resolvieron por unanimidad que la Presidencia fuera ocupada por el Filósofo. Para la Vicepresidencia del Círculo Tetrárquico resultó electo el orador romano. Los votos fueron cantados pero espontáneamente, porque no hacía falta secreto donde los pareceres eran unánimes.

Luego se repartieron el edificio en la forma que sigue: En la planta baja, la delegación de Asia con todas sus dependencias y oficinas. Al Estagirita no le gusta el ascensor. Se siente enjaulado, se le vacía el estómago y se le sube el alma a los dientes y además, para la escalera está viejo. El primer piso se destinó a la delegación de Europa. Juan Pérez cedió el segundo al General Cartaginés mientras decía por lo bajo al militar:

—Así estaré más cerca de los ángeles "Y más lejos de la gente decente" —pensó el Delegado de Africa.

—"Pares cum paribus congregantur" —aprobó Cicerón— "los ángeles con los ángeles" o como dicen los castizos españoles: "Cada oveja con su pareja".

—In integro cum sibi res tota sit —cerró Aristóteles pensando acaso en las visitas femeninas, habituales en el despacho de Pérez.

Pérez se sintió profundamente halagado por las palabras del romano pero le inquietó la frase del Filósofo.

—Habíamos quedado que nos entenderíamos en Iala, —dijo con tono desconfiado y humilde.

—Yo sé también algo de latines —le aclaró Aníbal— y probablemente estos dos distinguidos delegados hayan creído que usted no lo desconoce.

—Naturalmente, —aprobó Cicerón— como que a mi juicio, es la lengua que debieran aprender todos los americanos para saber el español.

—La frase del Delegado de Asía —continuó Aníbal— traducida al pie de la letra significa: "Siendo él, el dueño absoluto del negocio".

No supo qué responder y se sonrió como si hubiera perdido una diputación. En sus adentros llamó a los dos primeros "guarangos" por hablar en "idiomas" y además pedantes puesto que allí no estaban en ninguna academia de letras. Al Delegado de Africa lo catalogó como a un tipo franco aunque medio bruto y se sintió con más afinidades espirituales con el último.

Y los cuatro salieron del Palacio Estadual para almorzar.

Véanse los tres números anteriores de "Solidaridad" para entender este irónico relato.

Lo que sucedió por la tarde es indescriptible. Mucho antes que regresaran los delegados, comenzó a llegar la gente: los que acudían a buscar recomendaciones y los que entraban a recomendar, los que se introducían sin tarjeta alguna y otros con el nombramiento bajo el brazo. Además de estos, una multitud de individuos de comité y también intelectuales, profesores, políticos, diplomáticos, militares, eclesiásticos y hasta ministros. El Palacio Estadual fué una torre de Babel. A eso de las dos de la tarde, entró Rodríguez del Regillo a retirar sus papeles y las otras cosas particulares que se le hubieran quedado en el despacho. Atravesó el hall en su forma acostumbrada: con el sombrero puesto y con la cabeza medio gacha como el que tiene malos pensamientos. Cuando se topó conmigo, en lugar de saludarme me dijo:

—Si yo estuviera aquí, no permitiría este "merengue"; pero ustedes se lo han buscado.

—Es una pena que haya renunciado —comenté sonriente— y me temo que, faltando usted, se resienta la moral de la Repartición.

Rodríguez no contestó y se introdujo en el que fuera su despacho, en busca de sus papeles y otros utensilios personales.

Mientras tanto, no daban a basto los doce empleados encargados de llevar y traer gente de un piso a otro, de un despacho a otro, de una oficina a otra. La casa parecía una feria franca. Hacía el efecto de la salida de la Basílica de Luján, los días de peregrinación o quizá, más bien daba la impresión del día de la Virgen del Carmen en la esquina de Córdoba y Rodríguez Peña. La verdad es que, Rodríguez, no obstante ser universitario, había tenido espíritu psicológico al establecer una semejanza entre el Palacio estadual y una asamblea para reformar partidos políticos.

Cuando el ex-delegado de Africa abandonaba el Palacio, olvidando su habitual descortesía, me tendió la mano:

—Cuente con un amigo —me dijo— y ojalá se desenvuelva en este berenjenal.

Estuve a punto de replicarle que pondría en práctica sus consejos y ejemplos. Pero temí que lo creyera y le dije: "gracias".

Tal era el mareo de los empleados que, uno de ellos, sin intención, dejó a un personaje esperando más de la cuenta en la antesala de Aristóteles. Cuando acerté a pasar, se me aproximó y me dijo:

—¿Usted es el Secretario General?

—Sí señor, y a sus órdenes.

—¿Querría tener la gentileza de informarme si habré de permanecer mucho tiempo en espera? Comprendo que el señor Presidente del Círculo Tetrárquico está sumamente ocupado; pero puedo volver en otra oportunidad, si no les molesta.

—¿De parte de quién, señor?

—Del embajador de Estomagópolis. El calor bárbaro que subió a mi cara, se me antojó en ese instante que me gasificaba las orejas.

—¡Perdone Excelencia! Si quiere molestarse, sírvase pasar.

—Gracias, señor Secretario.

Unos minutos demoró el embajador con el Presidente del Círculo Tetrárquico. Este lo acompañó hasta la salida del despacho. Desde allí hasta la calle lo conduje yo, y mientras el chauffeur le habría la puerta del lujoso automóvil, el embajador me estrecho la mano diciéndome:

—Me ha impresionado vivamente la actividad de ustedes y el espíritu de trabajo. Todas las naciones les quedarán altamente reconocidas. Por mi parte, me será gratísimo serle útil a usted personalmente en cualquier cosa.

—Muchas gracias, señor Embajador.

Me impresionó la amabilidad del personaje y en ese instante me asaltaron simultáneamente dos ideas: "Realmente damos la impresión de una operosidad a todas luces". Segunda: "Esta nueva amistad me servirá para algún ascenso". He comprobado después, con gran pena de mis idealismos y de mi bolsillo, que todos los personajes dicen lo mismo cuando visitan cualquier Institución.

Me faltó tiempo para regresar al despacho del Presidente, que había hecho colocar en semicírculo a sus visitantes. El Estagirita daba la mano a cada uno y hacía anotar por un empleado el motivo de la visita. Cuando terminó y antes que diera audiencia a otro grupo, me aproximé temiendo una filípica por el descuido con el diplomático.

—Señor Secretario, el embajador ha elogiado calurosamente su forma de dirigir

el orden interno. "¡Qué cachada! —pensé— menos mal que no se quejó".

—Créame, me halaga mucho —continuó Aristóteles— que personajes como este, se lleven esa espléndida impresión.

Yo no supe qué responder, pero me sacó del embarazo el mismo Aristóteles:

—Decíame el embajador que, le parece inhumano realice usted tarea tan ímproba con personal tan escaso. Y hasta ha ofrecido un empleado muy inteligente y que nos prestará gran utilidad. Hemos quedado con el diplomático en que yo propondré el candidato, pues, los nombramientos dependen de cada gobierno. El diplomático protestó que no había acudido a recomendar a nadie sino a presentarme sus respetos por mi designación de Presidente. Y me añadió textualmente:

—Si me permito ofrecerle un empleado es porque se trata de un hombre políglota y preparadísimo, laborioso e intachable, docto en cuestiones económicas, filosóficas y sociales.

—Agradezco sinceramente su ofrecimiento y lo propondré empeñosamente.

—Se trata de un joven que no necesita: muchacho muy bien; pero será una adquisición para ustedes. Y ya que el señor Presidente lo acepta, yo mismo gestionaré de su gobierno el nombramiento.

—Encantado señor embajador, encantado. —¿Qué otra respuesta me quedaba?

—Claro que si no necesita, —me atreví a insistir— sería mejor dejarle el puesto a otro.

—Un sueldito de cuatro cientos pesos ¿qué peso tiene en la economía de un estado? Además, con ese sueldito este muchacho podrá costear la nafta de su automóvil, los cigarrillos y esas otras necesidades de muchacho, ¿me comprende?

Aristóteles permaneció un rato en silencio con una sonrisa que no necesitaba explicación. Yo no pude contener una exclamación:

—Hay tantos muchachos inteligentes y honestos que lavan copas de día para costear estudios nocturnos y que se "*acomoden*" tan fácilmente estos pitucos indecentes!

—Las cuñas, amigo, las malditas cuñas —dijo Aristóteles moviendo tristemente la cabeza.

Iba a salir del despacho, cuando otro semicírculo estaba ya formado frente al escritorio. El Estagirita hizo un saludo general:

—Muy buenas tardes. Las distinguidas damas y caballeros sabrán dispensarme. Lamento no poder atenderlos personalmente. Me espera un señor Ministro en la sala contigua.

Hizo una indicación a varios empleados y se despidió.

—Estos señores, de mi confianza, tomarán nota detallada del asunto de cada uno y trataremos de servirles. Muy buenas tardes.

—Buenas tardes. —respondió la multitud. En unas caras había dibujada la sencillez y la esperanza de colegiales pequeños. Eran los que acudían por primera vez. En otras caras, parecía haberse contenido un insulto. Eran los que habían acudido varias veces y a quienes seguramente se les dijo que esa tarde serían atendidos por Aristóteles en persona. Finalmente, en otras caras estaba marcada la más pesimista decepción. Eran los cansados de hacer antesalas, buscar cartas de recomendación, insistir en pedidos. A este grupo debían pertenecer dos postulantes que, en cuanto escucharon el "Buenas Tardes" del Presidente, dieron media vuelta y se mandaron mudar sin fijarse siquiera en la fina inclinación de cabeza y de busto que hizo Aristóteles a la multitud.

Salí del despacho para atender una infinidad de cosas que todavía no había comenzado, cuando escuché a los dos postulantes que, se alejaban:

—Este Aristóteles es tan *falluto* como todos.

—Aquí tiene que venir un embajador para conseguir algo.

—Hace falta un dictador que, acabe con todo este sistema.

—No hombre; eso jamás. Un dictador acabaría también con los que pedimos.

Versión directa del "Iala" por
Lucién Fontenay

(Continuará)



